EL TEATRO MODERNO

9769

Rosa de Madrid

Luis - fernandez - Adavin

4

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/rosademadridcome1814fern

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 27 MARZO 1926 NÚ 26

L. Fernández Ardavín

ROSA DE MADRID

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO ARRIAGA,
DE BILBAO,
EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1925.

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosa, modista...	*Sra. Díaz de Artigas.*
Asunción, planchadora...	*" Ortega.*
Doña Aurora, hospedera...	*" Rodríguez.*
Pimienta, modista...	*Srta. Prendes.*
La Peque, aprendiza...	*" Prendes.*
Maruja, modista...	*Sra. Murillo.*
Enriqueta, ídem...	*" Montó.*
La Sole, ídem...	*" de Haro.*
La fiadora...	*" Guillard.*
Una mujer...	*" Ríos.*
Señora 1.ª...	*" Murillo.*
Señora 2.ª...	*" Ríos.*
Rosita, niña...	*M. Paz Molinero.*
Enrique, estudiante...	*Santiago Artigas.*
Miguel, teniente de aviación... ...	*F. J. de Córdoba.*
Pascual, oficial de bordado... ...	*Octavio Castellanos.*
El Poeta...	*Juan Artigas.*
Estudiante 1.º...	*Juan Artigas.*
Estudiante 2.º...	*Victoriano Alemán.*
El ciego del acordeón...	*(No habla) Sr. N. N.*

Intermedio recitado por el señor Díaz González.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Sala modesta en una casa de huéspedes. Tres puertas laterales. Balcón al foro, rebosante de macetas y con la persiana echada. A un lado, enseres de planchar, cestos de ropa, etc. Es media tarde de un caluroso día de verano.

(En escena Asunción, planchando, y Miguel, sentado, hablando con ella. Miguel viste de teniente de Aviación.)

ASUN. Es imposible, Miguel.
Usted no ve que su vuelo
remontó,
y yo estoy a ras del suelo.
¡No pico tan alto yo!
Nací artesana.

MIG. Y cruel.

ASUN. Por fuerza. Soy planchadora.
Usted, amiguito, conde.
A los dos nos corresponde
pareja más a nivel.

MIG. ¿No hay solución?

ASUN. Por ahora.
Si el mundo cambia, quizá.

MIG. Queriendo usted, cambiará.
Mi voluntad y mi amor
harán otro en un segundo.

ASUN. *(Riéndose.)*
¡Vive usted fuera del mundo,
como buen aviador!

MIG. Por suerte. ¿Hay nada más feo
que este mundo pecador?
Cuando a mis plantas le veo
como un plano de relieve,
pardusco y lleno de arrugas,
con sus piquitos de nieve
y sus ríos como orugas,

611836

me da pereza bajar,
y, a no estar usted aquí,
volaría sin parar.
al fin de la creación.

ASUN. ¡Vaya embuste! Nunca vi
tan viva imaginación.
Después de oírle, cualquiera
le toma cariño. Para
que un día a volar echara
y, a lo mejor, no volviera.
No me exponga a tal desaire.

MIG. Siendo usted, no hay que temer.

ASUN. ¡Eso sería tener
el corazón en el aire!

MIG. Y usted lo quiere encerrar
entre las cuatro paredes
de su taller de planchar.
¡No ha empezado a aletear
y ya le pone usted redes!

ASUN. ¿Pues qué debo hacer?

MIG. ¡Volar!
Siquiera en la fantasía.
Malo es verse prisionero,
pero es peor todavía
convertirse en carcelero
de nuestra propia alegría.
Hay que reír y gozar.
¡Usted, que es alegre, ría!
Tiempo tiene de llorar.
Ni conde, ni planchadora.
Para mí no hay más linaje
que el amor, y en él, ahora,
usted reina y yo soy paje.
Como si estuviera escrito
para un canto popular:
"La historia del condesito
que se quería casar
con la mocita chispera."
(Pausa. Mirándola fijamente.)
¿Qué piensa? ¿Qué me responde?

ASUN. Lo que no dice el cantar:

¡Que la maja no lo era,
o que el pobrecito conde
estaba loco de atar!
(Salen una Mujer, joven, pobre y extenuada, con un niño de pecho en brazos; Doña Aurora y la Fiadora. La Mujer se dirige a la puerta de la derecha, que se supone sea la de la calle. Doña Aurora la acompaña. Miguel se ha puesto en pie.)

MUJER. ¡Adiós!

AURO. *(Compadecida.)*
Vé con él, mujer.
Y cuida bien a ese niño.

MUJER. Si no tengo otro cariño
más que el suyo, ¿qué he de hacer?
(Mirando al niño, y casi a punto de llorar.)
¡Clavellina que naciste
tan pobre y desamparada!

AURO. Vamos. No te pongas triste
y anda.

ASUN. *(Entregándole un paquete de ropas que tenía preparado.)*
La ropa. Lavada
y cosida.

MUJER. Trae.

ASUN. No puedes.

AURO. Bájasela hasta el portal.
(Vase Asunción.)

MUJER. *(Siguiéndola.)*
Que Dios las dé mil mercedes.
¡Yo cumpliré con ustedes
en cuanto cobre un jornal!
(Vase.)

FIADO. Parece buena.

AURO. Lo es.
Como casi todas. Van
a ciegas. Aman. Se dan
y después
todo es lástima y dolor.

MIG. *(Que fuma con indiferencia.)*
Un relámpago de amor

y cien años de tormento.

AURO. La miseria, el hospital
o el convento.

MIG. ¡Caro las cuesta un momento
de flaqueza corporal!

AURO. Y siempre el mismo relato:
que cayeron sin querer,
y que, para no volver,
desapareció el ingrato.

MIG. ¡La historia del gavilán
y la tórtola inocente!

AURO. No hay ninguna que escarmiente.
Ya, ni pregunto. Me dan
un nombre, seguramente
falso: Si hay cama vacía,
las alojo. Llega el día;
son madres; pagan, se van
y, víctimas o por vicio,
para mí, todas iguales.
Cumplo a conciencia mi oficio,
las doy consejos leales,
y por mi culpa no estrena
la Inclusa muchos pañales.
La única condición
que exijo es ser luego buena
madre. ¡Con buen corazón
todos los pecados son,
a mi entender, veniales!

MIG. Ya sabemos, doña Aurora,
que el nombre de usted no miente.
¡Que es aurora permanente
quien logró que mucha gente
saliera, en un cuarto de hora,
al mundo, decentemente!

AURO. Eso es verdad. Sí, señora.
(A la Fiadora.)
No es que yo me alabe ahora;
pero esto, no es lo corriente.
Y el renombre que gané
de antiguo en la barriada
no está tanto en lo que sé

como en mi conciencia honrada.
FIADO. ¡Así está usted de rifada,
vecina!
MIG. Si el río suena...
AURO. Siendo en Madrid, suena en vano.
Va tan seco, que da pena.
Porque en llegando el verano
es sólo un río de arena.
FIADO. Hoy irá usted de verbena.
AURO. No podré.
MIG. Pues no será
porque le falte alegría.
AURO. Eso no. Que todavía
un chotis me bailaría,
y no muy torpe quizá.
ASUN. *(Que ha entrado a tiempo de oír las últimas palabras.)*
Pero, ¡madrecita mía,
si eso no se baila ya!
MIG. *(Despidiéndose.)*
Las dejo.
AURO. No tardará
Enrique.
MIG. Ya volveré.
Dígale que sentiría
que no fuese hoy al café.
Dan la "Quinta sinfonía".
AURO. Descuide. Se lo diré.
(Vase Miguel, seguido de Asunción, quien se supone que le acompaña hasta la puerta.)
FIADO. *(Que habrá salido con un gran envoltorio al brazo.)*
En fin, que no hacemos trato
por hoy.
AURO. Por hoy, no, señora.
FIADO. ¡Nunca vi a una fiadora
con menos suerte!
AURO. Es barato.
Pero, la verdad, ahora
no hay ocasión.
FIADO. ¿Ocasión?

Como nunca. ¡Si hoy se estila
hasta en el Real!
(A Asunción, que entra.)
Asunción,
¡mira qué hermoso mantón
de Manila!
(Desenvuelve el paquete y muestra un espléndido mantón de Manila, rico y vistoso.)

ASUN. ¡Precioso!

FIADO. Toca el bordado.
Los chinos son de marfil.

ASUN. ¿Cuánto piden?

FIADO. Cuatro mil.

ASUN. No está mal.

FIADO. ¡Es regalado!

AURO. *(A su hija.)*
¿Tú qué dices?

ASUN. Yo...

FIADO. *(Atajándola.)*
Que hay gana
de tenerlo.

ASUN. ¡Es natural!

AURO. ¡Vaya! ¡Siempre acabo igual!
Pues mándelo usted mañana,
que hoy me coge sin un real.

FIADO. *(Dejándolo sobre una silla.)*
¿Mañana? ¡Ahí queda el mantón!

AURO. Pero...

FIADO. ¡Calle usted, señora!
¿Es que no sé quiénes son
mis parroquianas ahora?
(A Asunción, que sonríe embelesada.)
Y tú, a lucirlo, mujer,
por San Antonio, esta noche;
que otro igual no se ha de ver
en la capota de un coche.

AURO. ¡Quién sabe! Pudiera ser.
Si Enrique se decidiera.

FIADO. Pues adiós.

AURO. Hasta que quiera;
pero no tarde en volver.

(Vase la Fiadora.)

ASUN. *(Acariciando el mantón con deleite.)*
¡Es un sueño! ¡Qué alegría!

AURO. Y antiguo. Mira el crespón.

ASUN. ¡Con la ilusión que tenía
de tener un pañolón!
Dará envidia al bárrio entero.
(Pausa.)

AURO. ¿Qué le dijiste a Miguel?

ASUN. ¡Madre! No me hable usted de él.
Ya sabe que no le quiero.

AURO. ¡Allá tú, si eres sincera!
Tu voluntad, lo primero.
Pero no he visto ninguna.
que cierre de tal manera
sus puertas a la fortuna.

ASUN. Nada es tan desobediente
ni extraño como el querer.
No sirve decirle: "Anda,
por aquí, que esto ha de ser".
¡En el querer nadie manda!
¡Se siente cuando se siente!
¡Y es inútil pretender
que aparezca de repente!
En cuanto a eso de cerrar
mis puertas a la fortuna,
habría mucho que hablar.
No niego que más de una
en mi puesto miraría
más que yo su conveniencia.
Pero ¿usted cree, en conciencia,
que Miguel se casaría?
Pues boda sin Vicaría,
y dinero sin decencia,
son, a mi modo de ver,
cosas poco de envidiar.

AURO. Tienes razón, hija mía.
Que siempre puedas hablar
sin tener que enrojecer
por nada, como hasta aquí.
Ya tendrás lo que mereces.

¿Sabes a quién te pareces
hasta en el orgullo?

ASUN. A ti.
Cuando joven. ¡Al retrato
que hay encima del sofá!

AURO. *(Dándola una beso y yéndose después de contemplarla con arrobo.)*
¡Calcada!

ASUN. *(Que se ha puesto el mantón.)*
Pues es barato
para lo bien que me está.
(A Enrique, que entra distraídamente.)
A tiempo has llegado. Mira.
¿Te gusta?

ENRI. Sí. No está mal.

ASUN. *(Quitándose el mantón, desalentada, y dejándolo sobre una silla.)*
¿Eso es todo? ¡Siempre igual!

ENRI. ¿Te enfadas?

ASUN. No. Me da ira
tu indiferencia.

ENRI. ¿Qué quieres?
¿Que me entusiasme un mantón?

ASUN. Que dejes de ser lo que eres.

ENRI. ¿Pues qué soy?

ASUN. Un corazón,
que agoniza cuando nace.
¡La estampa de la tristeza!

ENRI. ¿Y es culpa mía?

ASUN. Pereza
de no quererte alegrar.

ENRI. Cada cual es como nace.

ASUN. Pues si a cada cual nos hace
la vida a nuestra manera,
está en nosotros cambiar.

ENRI. Mas no así como se quiera.
(Enrique hace intención de irse.)

ASUN. ¿Ya te marchas?

ENRI. A estudiar.
(Breve pausa.)

ASUN. Dejaste sin recoger

los libros y el bisturí.
Por cierto, al guardarlos, vi
unos versos que escribiste.

ENRI. Pero tú... no los leíste.

ASUN. Sí, Enrique, sí los leí.
Perdona el atrevimiento.
Me gustaría saber
dónde conociste un ser
tan ideal. ¿En un cuento
de hadas? ¿En un altar?
No habrá sido en el billar
ni en el quirófano. "A Rosa,
la que me quitó la vida",
dice el papel. Es sentida
la dedicatoria.
(A Enrique, que se dirige a la puerta, malhumorado.)
¡Enrique!

ENRI. ¡Déjame, que están encima
los exámenes!

ASUN. Espera.
¡No perderás la carrera
por un rato de palique
con tu prima!
(Pausa. Enrique retrocede.)
En tu cuarto hace un sofoco
que asfixia.

ENRI. Aprieta el calor.
Aquí se respira un poco.
Huele bien.

ASUN. Que dan olor
los tiestos de mis balcones.
(Llevándole al balcón y mostrándole las macetas.)
Mira qué jardín: mimosas,
geranios, espuelas, rosas
y claveles reventones.
El calendario de flores
lo llama la vecindad,
porque hay en él las mejores
de cada oportunidad.

Por San Antonio, azucenas;
por el Carmen, capuchinas;
y por la Virgen, verbenas,
hortensias y clavellinas.
Y en todo tiempo jazmines
y enredaderas de olor.
¡No cambian muchos jardines
tan a menudo de flor!
(Cortando un clavel y poniéndoselo en el ojal.)
Esta, para tu solapa.

ENRI. Gracias, prima.

ASUN. No hay de qué.
(Mientras ella le pone la flor, Enrique, un poco turbado por su proximidad, la mira con fijeza.)
¿Qué miras?

ENRI. Que estás más guapa
cada día.

ASUN. Ya lo sé.
¡Tarde te enteras, Enrique!

ENRI. ¡Cuando me fijo, Asunción!

ASUN. Si hasta hoy no hallaste ocasión,
avisaré que repique
la parroquia

ENRI. *(Excusándose.)*
Es que hasta hoy...

ASUN. *(Atajándole.)*
En el mundo no estuviste.
Lo sé. Pero yo sí estoy.
Hace tiempo vives triste,
silencioso y afligido
por causa de una mujer.
Te quiso; te dió al olvido,
traicionó tu querer,
y llevas cerca de un año
arrancándote una espina
que para hacer tanto daño
debió ser aguda y fina.

ENRI. ¿Cómo sabes...?

ASUN. ¿Qué hay de extraño?
¿Qué mujer de corazón
no adivina

dónde acaba una ilusión
y comienza un desengaño?

ENRI. Pues es cierto. La he querido
como el que más. Me ha olvidado,
y ya no sé si he sufrido
o he gozado.
¡Sólo sé que he envejecido
y he llorado!
Era, Rosa, una modista.
De lo fino, lo mejor.
La Perla del Obrador
la llamaban, por lo lista,
por lo bonita y lo buena.
Risueña, trabajadora,
menuda, fina y morena.
El pelo, como la mora;
la piel, como la azucena;
los ojos, como la luz,
que es de un color cada día,
hoy eran noche sombría,
mañana, cielo andaluz.
Y en fin, la carne trigueña
y la línea soberana
de una Venus madrileña,
mitad duquesa y gitana.
En el vestir iba igual,
breve el pie, menudo el paso,
con su falda de percal
que con su traje de raso.
Y era tal su distinción,
tan natural su elegancia,
que desafiaba con
su pañuelo de crespón
a los maniquíes de Francia.
Fué un domingo. Paseando,
me aproximé a un carrusel.
Ella iba a subir en él
con otras amigas, cuando
los flecos de su mantón
se me enredaron. Hablamos.
Reímos, simpatizamos

y entramos en relación.
Aturdían las trompetas
del órgano y, en tropel,
las amigas, indiscretas,
soltaban, como saetas,
sus risas de cascabel.
Las compré unas violetas.
Subimos al carrusel.
¡Oh, la extraña algarabía
del domingo popular,
en que rueda el barquillero
su ruleta, sin cesar!
Y la risa y el pregón.
Y los tubos de la risa,
y la sirena, que avisa
con su toque de atención,
que va a girar otra vez
la plataforma ligera.
¡Y la fría impavidez
de los muñecos de cera!
Rosa, aturdida, miraba
pasar a su alrededor
el cuadro alucinador
de la feria que giraba,
y yo entretanto, la hablaba,
emocionado, de amor.
No pasó más aquel día.
Pero ¡qué domingo aquél!
¡Parece que todavía
tengo en los labios la miel
de aquella melancolía,
y que gira el alma mía
lo mismo que el carrusel!
Como ciegos nos quisimos.
Pasó el tiempo. Mi amor, no.
Un día nos despedimos
hasta el otro... ¡y no volvió!

ASUN. ¿No volvió?

ENRI. Ni se ha sabido
qué fué de ella. En el taller
suponen que se ha vendido.

Yo, no lo puedo creer.
(Pausa. Asunción, sinceramente enternecida, calla.)
¿Qué tienes?

ASUN. Me ha conmovido
tu historia.

ENRI. ¿Por lo vulgar?

ASUN. ¡Por lo mal que te han querido!

ENRI. Perdona si te he afligido.
¡Vaya! ¡Me voy a estudiar!
(Vase Enrique.)

ASUN. *(Viéndole partir, con amargura.)*
¡Caprichos del cariño!
Dice la copla:
"Yo me muero por Paco,
Paco por otra".
Así es el mundo:
si me buscas, no quiero;
si huyes, te busco.
(Vase. En seguida entra Doña Aurora, seguida de Rosa. Esta trae en la mano un pequeño hatillo.)

AURO. No doy hospedaje fijo.

ROSA. ¿Ni en este caso especial?

AURO. Si usted dice que es formal,
por unos meses, transijo.
Alcoba, tenemos una.
(Conduciéndola a la primera puerta de la izquierda, y abriéndola para que vea la habitación.)
Esta. La más ventilada
y la mejor amueblada.
Alfombra, armario de luna,
colcha de raso, edredón...
¡Ya ve que tiene hasta cuna!
¡Mire si aquí hay previsión!

ROSA. *(Mirando la habitación, pero sin pasar aún.)*
Es alegre.

AURO. Y espaciosa.
Entra el sol hasta la cama.
Y el balcón, un panorama.

(Entra en la alcoba. Rosa la sigue.)

ROSA. *(Dentro.)*
¡Vaya una vista preciosa!

AURO. La Plaza de Lavapiés
y las Rondas.

ROSA. ¡Qué hermosura!

AURO. Aquí se pasan un mes
y un día se las figura.
(Saliendo otra vez, seguida de Rosa.)
Claro está que la pensión
sube más.

ROSA. Ya lo supongo.
Pero no importa. Dispongo
de algún dinero. Ocasión
de emplearlo, como en esto,
no habrá nunca.

AURO. Es de creer.
(Pausa.)
¿Tiene baúl que traer?

ROSA. ¡No tengo más que lo puesto
para quitar y poner!

AURO. *(Mirándola, extrañada.)*
¡Vestuario bien modesto
siendo tan guapa mujer!
La prueba de que es honrada.
Que honradez se necesita
para nacer tan bonita
y estar tan mal equipada.
(Sentándose a la mesa y escribiendo en un cuaderno de hule que saca del cajón.)
¿Su nombre?

ROSA. Rosa.

AURO. ¿Es el suyo?

ROSA. *(Muy extrañada.)*
Pues claro, ¿cuál ha de ser?

AURO. Acostumbran a poner
otro.

ROSA. *(Dignamente.)*
Yo nunca rehuyo
mis culpas. Ponga verdad:
Rosa Martínez.

AURO. ¿Edad?
ROSA. Veintidós años. Soltera
y huérfana.
AURO. ¿Vive?
ROSA. Hasta ahora,
en el diez de la Ribera,
con Trini, la peinadora,
que fué antigua compañera.
AURO. *(Cerrando el libro y poniéndose de pie.)*
Pues basta. De lo demás
ya hablaremos. Me parece
que usted, niña, no merece
lo que le pasa.
ROSA. Quizás.
No a todos tiene la vida
satisfechos y contentos.
Mas, da igual. ¡Soy decidida!
¡Ya soplarán otros vientos!
AURO. Y al cabo, todo se olvida,
cuando hay buenos sentimientos.
Con perdón, voy a salir.
Mi hija vendrá en seguida.
Usted mande y usted pida,
que estamos para servir.
(Vase.)
ROSA. *(Sola, examinándolo todo con curiosidad.)*
No sé qué tiene esta casa.
Hay en ella un bienestar
que da consuelo. ¡Y pensar
que tanta miseria pasa
por su puerta, cada día!
Nadie lo sospecharía.
A juzgar por lo exterior,
de ventura se diría
más que casa de dolor.
(Vuelve a salir Doña Aurora, con mantilla y gabán, seguida de Asunción.)
AURO. *(Aparte, a su hija, por Rosa.)*
Vuelvo pronto. Ponle a ésta
lo que sea menester.
ASUN. *(Mirando a Rosa.)*

Parece limpia.
AURO. Y dispuesta.
Dará muy poco que hacer.
ASUN. Pues hasta luego.
AURO. Hasta luego.
(Vase Doña Aurora. Rosa ha permanecido silenciosa a prudente distancia.)
ASUN.. *(A Rosa.)*
¿Quiere usted algo?
ROSA. No. Nada.
(Pausa. Asunción reanuda su tarea de plancha. Señalando una silla.)
¿Me puedo sentar aquí?
ASUN. Siéntese.
(Rosa se abanica con viveza.)
¿Está sofocada?
ROSA. Es que la tarde echa fuego
y vengo de Chamberí.
ASUN. ¿A pie?
ROSA. Por economía.
ASUN. Pues hay su buena tirada
desde las glorietas.
ROSA. Sí.
(Otra pausa.)
¿Podré salir algún rato
a esta sala?
ASUN. Cuando quiera.
Y usar de la casa entera.
No se quejará del trato
que la demos.
ROSA. ¡Bueno fuera!
(Otra pausa.)
Usted no es criada.
ASUN. No.
Soy hija.
ROSA. Lo suponía.
(Otra pausa. Suspirando.)
¡En esta calle vivía
un novio que tuve yo!
ASUN. ¿Hace mucho?
ROSA. Casi un año.

ASUN. ¿En qué número?
ROSA. No sé.
Nunca averiguar logré
con quién, ni dónde.
ASUN. Es extraño.
¿Y la dejó?
ROSA. Le dejé.
ASUN. ¿Es que usted no le quería?
ROSA. Más que a nadie. ¡Con pasión!
ASUN. Entonces... ¿Era un bribón?
ROSA. Tampoco.
ASUN. Pues... ¿Qué tenía?
ROSA. ¡Misterios del corazón
que usted no comprendería!
ASUN. ¿Y él sabe...?
ROSA. No sabe nada.
¡Primero me moriría
que me viera deshonrada!
¡Como a la Virgen María
casta y pura me creía
hasta para respirar!
¡Primero me moriría
que descender del altar
en que su amor me tenía!
¡Primero me moriría
que tener que confesar!
ASUN. *(Ante el apasionamiento con que Rosa ha dicho los versos anteriores.)*
Aún le quiere, a lo que veo.
No piense en él. Es mejor.
Necesita usted valor.
ROSA. Ya lo sé. Y lo tengo, creo.
Ahora, que vienen mal dadas,
soy más fuerte y más bravía.
ASUN. Hace bien. Yo igual haría.
No hay que estar atribuladas
hasta que se acerca el día.
(Ha recogido los útiles de planchar y se dispone a irse.)
Con permiso. Hay una enferma
y la tengo que cuidar.

ROSA. ¡Si en algo puedo ayudar...!
ASUN. No, gracias. Cuando se duerma,
volveré. Si quiere algo,
a una voz, estoy aquí.
Y ya sabe. Poco valgo,
pero disponga de mí.
(Vase Asunción. Empieza a oscurecer.)
ROSA. *(Sola.)*
¡Qué angel! ¡Qué simpatía
tiene aquí todo!
(Pausa. Como quien no sabe qué hacer se levanta muy despacio y se dirige a su cuarto. Cuando ya está cerca de la puerta sale Enrique por la opuesta, llamando:)
ENRI. ¡Asunción!
(Reparando en ella, pero sin reconocerla.)
¡Ah! ¿No es usted? No sabía
que hubiera gente. Perdón.
(Se dirige a la puerta por donde se fué Asunción; de pronto reconoce a Rosa y exclama.)
Pero... ¡Rosa!
ROSA. ¡Enrique!
ENRI. ¿Aquí?
¿Cómo, tú, aquí?
ROSA. *(Con voz entrecortada por la emoción y la vergüenza.)*
Ya lo ves.
ENRI. *(Comprendiendo de pronto.)*
¿Tú? ¡Mi santita!
ROSA. Yo; sí.
¡Tu santa ya no lo es!
ENRI. *(Cogiéndola violentamente de un brazo.)*
¿Ya no lo es? ¿Que has venido...?
ROSA. A lo que todas, Enrique.
ENRI. *(Apartándose de ella súbitamente.)*
¡Oh!
ROSA. ¡Escucha!
ENRI. ¡No!
ROSA. Yo te pido
que me oigas. Cuando te explique
mi calvario y mi dolor,

me habrás de compadecer
o no me tuviste amor.

ENRI. ¡Calla! No quiero saber
nada.

ROSA. También yo quería
que tú todo lo ignorases,
y hace un momento decía,
temiendo que me encontrases
por caprichos del azar:
¡Primero me moriría
que descender del altar
en que su amor me tenía!
Y te acabo de encontrar
y no he muerto todavía.
Y no me he muerto y me has visto;
y estoy, transida de pena,
igual que la Magdalena
a los pies de Jesucristo.

ENRI. *(Con sarcasmo.)*
No hables de santos ahora.
¡Aquí sólo hay pecadores!

ROSA. *(Suplicante y deshecha en lágrimas.)*
¡Enrique!

ENRI. Sí, llora, llora,
mujer. Por mucho que llores
no lograrás mi perdón.
Sospechaban con razón
tus amigas: ¡Te has vendido!

ROSA. *(Con dignidad.)*
¡No, Enrique! Tanto me aterra
recordar lo sucedido,
que a Dios de rodillas pido
que se me trague la tierra
si, a sabiendas, he caído.
¡No, Enrique! ¡No me he vendido!
¡Todo el que me acuse, yerra!

ENRI. ¿Entonces?...

ROSA. Oye con calma
y ten compasión de mí.
¡Llevo traspasada el alma
desde que vivo sin ti!

Era abril. Vacaciones. Tú estabas fuera.
Un sábado de gloria, lleno de olor,
en que se respiraba la primavera
que entraba, perfumando la casa entera,
al abrir los balcones del obrador.
Se habló de los ventorros. Alguien propuso
ir el domingo todas a los Viveros.
Aplaudieron contentas como jilgueros
que en su nido aletean, y se dispuso
la jira alegremente. Yo, sola y triste,
suspirando en silencio, pensaba en ti.
¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste
si te necesitaba cerca de mí?
En uno de esos rippers que usa la gente
de trapío y de rumbo para sus bodas,
el domingo de Pascua, ruidosamente,
bajamos por la cuesta de San Vicente
como si al Paraíso fuéramos todas.
Yo iba un poco a la fuerza. Sólo sentía
un extraño deseo de sollozar.
Y bajo el griterío que me aturdía,
presentí con amarga melancolía,
que alguna cosa mala me iba a pasar.
Envidiosa, la gente, nos contemplaba.
Y salían a vernos a los balcones.
Y el coche estrepitoso, que atrás dejaba
un rastro de sonrisas y de canciones,
bajo el vivo granate de una sombrilla
con su ruido de risas y cascabeles,
era un cesto de rosas y de claveles
que rodaba camino de la Bombilla.
Sólo yo, entre las rosas, estaba triste
como una pasionaria, pensando en ti.
¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste?
¿Por qué, si te quería, no te seguí?
El coche se detuvo. Los merenderos
abrían emparrados y jardinillos.
Llegaba el fuerte aroma de los Viveros
y aturdían el aire los organillos.
Olía a primavera recién nacida.
Cada rama era un brote menudo y tierno,

y allá, por San Antonio de la Florida,
cantaba una campana, llena de vida,
el triunfo del verano sobre el invierno!
Un invierno de nieves y vendavales,
pasado, entre el cansancio de las veladas,
viendo cómo se teje, tras los cristales,
el lívido sudario de las nevadas.
Sin aire ni respiro, siempre ateridas,
pensando en la tarea o en el destajo.
¡Como si ya nacieran comprometidas
a hacerse una mortaja de su trabajo!
Igual que si al aviso de la campana
todo se despertara y estremeciera,
yo, que estaba tan triste por la mañana.
me animé en la alegría de la solana
y sentí, como todo, la primavera.
Me abrasaban los labios pensando en ti
y estaba más alegre cuanto más triste.
¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste
si yo desfallecía, lejos de ti?
Entre los convidados había uno
que desde la mañana me cortejaba,
y aunque yo no le hacía caso ninguno,
pues cuanto más atento más le esquivaba,
acabó, con su fina galantería,
por sentarse a mi lado. Correctamente
habló de mi tristeza, de su alegría,
y del bien que gozaba mi novio ausente.
Se conquistó, nombrándote, mi simpatía.
Bailamos y comimos alegremente.
Pero ¡también bebimos más de la cuenta!
Tanto, que, por llegarnos hasta una fuente,
él y yo nos perdimos cerca del puente
cuando ya anochecía. Yo iba sedienta,
rendida, vacilante y atolondrada.
No acertamos la vuelta del merendero,
y como ya se hacía noche cerrada
fuimos, a la ventura, por un sendero.
Recuerdo que las sombras nos rodearon.
De su voz persuasiva y acariciante;
que me sentí vencida por un instante,

y que, a poco, las fuerzas me abandonaron.
Recuerdo de un columpió, de su vaivén;
de una opresión extraña sobre la frente,
y de que, trepidando rápidamente,
sobre el puente de hierro pasaba un tren.
Nada más. Un mareo... Y al otro día,
al despertar temblando, muerta de frío,
el silencio del alba que me envolvía,
y un dinero, a mi lado, que no era mío.
Tuve sólo una idea: tirarme al río.
Pero al ir a tirarme pensando en ti,
flotando sobre el agua te apareciste.
¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste?
¿Por qué con tu recuerdo me detuviste
si yo ya no podía ser para ti?
Después... ¿Cómo engañarte, si te adoraba,
ni cómo confesarte mi desventura?
¡Era mejor fingirte que te olvidaba
para que me creyeras siempre tan pura!
Y buscando un refugio para mis males,
desde aquella mañana fuí, vergonzosa,
atravesada el alma con más puñales
que los que tiene al pecho la Dolorosa.
Este fué mi delito. ¡Ya ves qué triste!
Si el pecado fué mío, la culpa, no.
¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste?
¡Maldita primavera que me embriagó!
(Pausa. Rosa, deshecha en llanto, cae a los pies de Enrique, que lucha entre el pundonor y la piedad.)

ENRI. Alza del suelo, mujer.
¡Bastante te has arrastrado!
Se puede compadecer;
no, perdonar tu pecado.

ROSA. ¡Pecado de juventud
que iba a ciegas!

ENRI. ¡Es verdad!
Pero ¿tan poca virtud
era la tuya?

ROSA. ¡Piedad!
(Otra pausa. Entra Miguel.)

MIG. *(Entrando.)*
¡Enrique!
(Otra pausa. Al verlos, comprendiendo su indiscreción, se ha detenido en la puerta.)
ENRI. *(Señalándole su cuarto.)*
Pasa. Ahora voy.
MIG. *(Para sí, yéndose.)*
¡Siempre en hombre afortunado!
ROSA. *(Para sí, reconociéndole.)*
¡El!
(Vase Miguel.)
ENRI. *(A Rosa.)*
¿Qué tienes, que has cambiado
de color tan de repente?
ROSA. Nada. ¡Nerviosa, que estoy!
¡Me sobrecogió el teniente!
Como entró sin avisar...
(Rosa se dirige a su cuarto.)
ENRI. ¿Te vas?
ROSA. Sí. Aunque nos han visto
no demos que sospechar.
(En la misma puerta.)
Si no nos vemos, adiós.
(Volviendo otra vez.)
¡Por la memoria de Cristo
que esto quede entre los dos!
(Vase.)
ENRI. *(Solo.)*
¡Quién lo había de pensar!...
¡Y es todavía más triste
saber que el culpable existe
y no poderlo matar!
¡Saber que el culpable existe
y no poderle decir:
¡paga el delito que hiciste,
que has matado, sin herir!
(Vase Enrique. Ha oscurecido. Aún es de día, pero la espesa persiana del balcón deja el cuarto en misteriosa penumbra. En seguida sale Asunción.)
ASUN. *(Dirigiéndose al balcón.)*

¡Aire! ¡Luz!
(Sube la persiana. La escena se ilumina.)
¡Qué calor hizo!
(Mirando a la calle mientras anuda la cuerda y como si hablase con alguien.)
¡Para el carro, organillero!
¡Un pasodoble castizo
que me alegre!
(Arrojando unas monedas.)
¡Ahí va dinero!
Luego pagaré otra pieza.
(Para sí.)
Esta tarde estoy que muero
de tristeza.
(Queda mirando a la calle reclinada en el barandal, de espaldas al público. En seguida sale Rosa, con su mantón de chal y su pequeño envoltorio. Mira a todas partes, para no ser vista, y al ver a Asunción distraída, inicia el paso, decidida, hacia la calle.)

ROSA. Ni un minuto más aquí.
Esta casa está embrujada.
(Pero al llegar a la puerta se encuentra de manos a boca con doña Aurora, que vuelve y la pregunta sorprendida.)

AURO. ¿Va usted a la calle?

ROSA. *(Turbada.)*
Sí.

ASUN. *(Que al oír a su madre ha dejado el balcón y ha entrado.)*
Pero ¿sin decirme nada?

ROSA. Un momento... Volveré.

AURO. ¿Necesita alguna cosa?

ASUN. Si quiere, yo bajaré.

ROSA. No. Ya voy yo. Gracias.
(Va a salir decidida, cuando Enrique, que sale sombrero en mano y seguido de Miguel, la detiene diciendo con acento imperioso:)

ENRI. ¡Rosa!
(Pausa. Rosa, turbada, se detiene. Los demás callan.)

¿Por qué te marchas? ¿adónde?

ASUN. *(Asombrada.)*
¡Rosa!

ENRI. Sí. ¡Rosa! ¡La mía!
¡La que yo tanto quería!

AURO. ¿Cómo?

ASUN. ¡En mi casa!

ENRI. *(A Rosa, con mayor energía.)*
¡Responde!

MIG. *(Aparte, por Rosa.)*
¡Es ella! ¡Su misma cara!

ENRI. ¿Dónde ibas?

ROSA. Te soy leal.
Iba donde no causara
daño a nadie: al hospital.
(Asunción y Aurora, interponiéndose.)

ASUN. ¡No!

AURO. ¡Eso no!

ROSA. ¡Déjenme ir!
Vine a turbar su alegría.
Les juro que no sabía
dónde venía, al venir.
¡Pero sería cruel,
egoísta y criminal,
que diera acíbar por miel
a quien me dió bien por mal!
Adiós.
(Pausa. Asunción y Aurora, sin atreverse a insistir, la dejan paso. Enrique lucha consigo mismo. Miguel, aparte, contempla la escena en silencio. Cuando ya está Rosa en la puerta Enrique dice.)

ENRI. No la deje, tía.
¿Quién, al ver lo que la pasa,
cruel la abandonaría?
¡Quédate! ¡Desde hoy, mi casa
es tan tuya como mía!
(En la calle el organillo ha empezado a tocar aquella música de la "Verbena de la Paloma", correspondiente al "Dónde vas con mantón de Manila...", etc.) TELÓN

ACTO SEGUNDO

Interior de un taller de modistas de Barrios bajos. A la derecha, puerta con doble mampara y dos cristales ovalados, en los que se lee, pintado con letra blanca: "Rosa Martínez, modista". A la izquierda, dos puertas: una con cortina, la otra con doble hoja. Al foro, balcón grande, amplio, por el que se ve la calle. Maniquíes, armarios, tableros de trabajo sobre borriquetas, sillas volantes, cestos, etc. Una máquina de bordar. Un arcón arrimado a la pared, y sobre éste un pequeño estante con floreros y una imagen de la Virgen de la Paloma. Un brasero.

(Es de día. Una mañana soleada de invierno. En escena, Rosa, sentada, cosiendo, y Pimienta, modistilla vivaracha, joven y guapa, que se supone acaba de llegar de la calle. Sobre el tablero próximo a Rosa hay una taza de café vacía.)

ROSA. Descorre los visillos, que entre la luz del día.

PIMIEN. *(Haciéndolo.)*
Y el sol. Calienta verle. De mayo se diría.
La mañana ha templado.

ROSA. Pues estuvo nevando toda la madrugada.

PIMIEN. ¿Estaba usted despierta?

ROSA. No duermo casi nada.
(Pausa.)

PIMIEN. *(Reparando en la taza vacía.)*
Pero, ¿veló?

ROSA. Hoy había que entregar un vestido.

PIMIEN. Si lo hubiera sabido
yo me habría quedado.

ROSA. Ya sé tu voluntad.
No hubo necesidad.
de darte mala noche.

PIMIE. Pues yo me levanté
más pronto que otros días. Me vestí en un [instante
y me marché al Retiro.

ROSA. ¿Sola?

PIMIEN. Con mi estudiante.

ROSA. Estaría precioso.
PIMIEN. ¡Precioso! Un poco umbrío;
pero, cual lentejuelas que dibujasen flores,
brillaban en las ramas las gotas de rocío,
bordando la arboleda.
¡Hemos desayunado como grandes señores!
Nos hemos retratado frente a la Rosaleda.
Nos hemos embarcado
en el estanque grande. ¡He chillado, he remado,
he llevado el timón,
y todos se han reído, pasando a nuestro lado,
al ver que nuestra barca llevaba en el costado
un nombre: "El Tiburón"!
¡Hasta en esto los pobres, vivimos de ilusión!
Hemos entrado luego
en la Casa de Fieras.
He visto los leones, los osos, las panteras;
cien pájaros extraños con plumas de oro y [fuego
y una jaula de monos que nos ha divertido
al ver que cada uno tenía un parecido
con alguien conocido
que presume de cara o de figura.
Mi novio me asegura
que fuimos antes, monos. No es cosa que me [asombre.
No sé si el hombre es mono; pero, un mono, es [un hombre.
Y, en fin, hemos corrido
por unas avenidas solitarias y oscuras
en cuyas espesuras
detrás de cada rama
se escuchaba un suspiro.
¡Ay, señora maestra! ¡Sólo sabe, quien ama,
lo que son las mañanas del Retiro!
ROSA. Ten cuidado, Pimienta, ten cuidado.
PIMIEN. ¿De qué?
Procuro ser formal en todo.
ROSA. Ya lo sé.
Pero no basta.
PIMIEN. ¿No?

ROSA. Muy formal era yo
y el día justamente,
que menos lo temía
fué, injustamente, el día
que más me sucedió.
Por libraros a todas de peligros así
en vez de en la Bombilla,
como queríais todas, se celebra hoy aquí
mi fiesta. Es más sencilla,
más barata y más sosa;
pero también más íntima y menos peligrosa.
(Transición.)
Mientras que yo remato, recoge el obrador.
No hay sitio en que moveros.
Corre los maniquíes y aparta los tableros.
(Pimienta pone todo en orden. Guarda las prendas empezadas en los armarios, desmonta los tableros y agrupa éstos con sus borriquetas en un rincón. Entra Pascual. Es un hombre joven, rubio, pálido, con profundas ojeras y mejillas sumidas. Enfermizo y débil, pero alegre. Viene embozado en una capa y trae una guitarra bajo el brazo.)

PIMIEN. Aquí está el bordador.

PASC. *(Saludando a Rosa, respetuoso.)*
¡Buenos días, maestra!

ROSA. ¿Cómo vamos, Pascual?

PIMIEN. *(Señalando a la guitarra que Pascual ha dejado cuidadosamente sobre una silla.)*
A juzgar por la muestra
no debe estar muy mal.

ROSA. ¿Pero qué trae usted?

PASC. ¡Mi amigo inseparable!
Hoy hay que divertirse.

ROSA. Mas, con moderación;
que luego le da fiebre.

PASC. Mañana es lo probable.
Me tendré que quedar en el jergón.

PIMIEN. ¡Bonito porvenir!

PASC. ¡Bah! El mañana ¿qué importa?
Ya que ha de ser tan corta

la vida, ¡sea alegre! ¡No hay otra solución!
(Acercándose a Rosa.)
¿Ayudo?

ROSA. *(Entregándole una prenda.)*
Sí. Estas mangas. Hágalas un festón.
(Pascual se sienta a la máquina y cose. Rosa y Pimienta sigue cada una su quehacer. Pausa.)

PASC. *(Aparte, a Pimienta, en un momento en que ella pasa junto a él.)*
Ya te he visto con ése.

PIMIEN. ¿Y qué?

PASC. Nada, Pimienta:
¡Que vas a ser mi perdición!

PIMIEN. ¡Ja, ja!

ROSA. Buen día se presenta.

PASC. ¿Vendrán todas?

PIMIEN. ¡Y todos!
Yo ya sé de un Pascual que ha de hacerme el [moscón.

PASC. Y yo de una Pimienta que hablará por los co- [dos.

ROSA. El ciego del segundo traerá su acordeón.

PIMIEN. ¡Vaya orquesta casera! ¿Qué más se necesita?
Alegría, paella y nuestra maestrita
presidiendo el banquete con su gran biberón.
(Señalando a la puerta de la cortina.)
¿Duerme aún?

ROSA. En su cama.

PIMIEN. *(Pimienta levanta la cortina y mira el interior.)*
Parece, así, dormida
capullito de rosa que aún no ha roto el botón.

PASC. *(Bostezando.)*
¿A qué hora es la comida?

ROSA. A las dos, puntuales.

PASC. Eso de puntuales... Si no se van a ver
el entierro.

PIMIEN. ¿Qué entierro?

PASC. ¿No sabe usted leer?

PIMIEN. *(Burlona.)*
Teniendo secretario...

PASC. *(Furioso.)*
¡Bah! ¡Al fin todas iguales!
¡La ignorancia española, de la mujer, da pena!
PIMIEN. ¡Perdone el Sabio Salomón!
ROSA. *(Cortando la disputa.)*
Pero díganos ya quién se ha muerto.
PASC. Bretón.
El músico genial que escribió "La Verbena
de la Paloma". Y hoy será su exhumación.
PIMIEN. ¿Cómo ha dicho?
PASC. *(Marcando mucho las sílabas.)*
El sepelio.
PIMIEN. *(Sin entender.)*
Si no habla en
[castellano...
PASC. *(Con supremo desdén.)*
¡Hablo! ¡Mejor que usted!
(A Rosa.)
Le pasan por aquí.
Van al Conservatorio y a los teatros y
será un cortejo hermoso. Aunque no muy cris-
[tiano
porque él era masón. En fin, como hoy decía
la prensa liberal
ayer ha sido un día
de luto nacional.
PIMIEN. Pues que allá nos espere muchos años.
PASC. *(Suspirando.)*
Sí, sí...
A usted. ¡Lo que es a mí...!
(Levantándose de la máquina y entregando la prenda a Rosa.)
Esto ya está.
PIMIEN. *(Que ha terminado de ordenar la habitación.)*
Y esto.
ROSA. *(Levantándose a su vez y sacudiéndose los hilachos de la falda.)*
También yo he acabado.
Ahora, hacedme un recado.
PIMIEN. ¿Juntos?
ROSA. Y sin reñir.

(Entregándole unas monedas.)
Traeros... Cariñena,
tres botellas.

PASC. Dos.

ROSA. *(Sin comprender.)*
¿Dos?

PASC. La otra de anisado.
(Rosa se ríe.)

ROSA. Bartolillos, un kilo; yemas, una docena.

PIMIEN. ¿Además del arroz?

ROSA. Y además del asado.

PIMIEN. ¡Maestra, esto va a ser un banquete de gala!
(A Pascual.)
¿Vamos?

PASC. Cuando usted quiera.

ROSA. Abríguese, Pascual.
Y a ver si guarda usted respeto a la oficiala.

PASC. En cuanto la oficiala respete al oficial.
(Pimienta y Pascual se han puesto el gabancillo y la capa y se van. En la puerta se cruzan con La Peque. Esta es una aprendiza, esmirriada, pelirroja y redicha. Tiene apenas doce años y presume de chula y de mujer.)

LA PEQ. ¿Llega a tiempo la Peque de hacer algo?

ROSA. *(Dándole una caja donde habrá metido previamente el vestido que acaba de coser.)*
Sí, llegas.
Toma.

LA PEQ. *(Estupefacta.)*
¿La caja? ¿Hoy?

ROSA. Darán buena propina si la entregas
antes que salga a misa la señora.

LA PEQ. Pues voy.
(Cogiendo la caja.)
¿Factura?

ROSA. No.

LA PEQ. Mejor. ¿Doña...?

ROSA. Tecla Ribera.

LA PEQ. ¡Ah, sí! ¡Doña Suspiros! ¡Pues hay un buen [paseo!
(Disponiéndose a salir.)

¿A qué hora es el mareo?

ROSA. ¿Qué mareo?

LA PEQ. El agarra
y no sueltes.
(Viendo que Rosa sigue sin comprender.)
¡El baile!

ROSA. ¡Ah, ya! Cuando se quiera.
Ahí está la guitarra.

LA PEQ. *(Pasmada de asombro.)*
Pero ¿no hay organillo? ¡Esto es una sosera!
¡Viene uno a lo castizo y le dan lo cañí!
(Dando media vuelta.)
Conque, en fin, ¡aliviando!
De un vuelo estoy aquí.
(Se va la Peque taconeando mucho y moviendo mucho las caderas. Rosa la ve partir, sonriendo con indulgencia.)

ROSA. ¡Pobre pájaro loco! ¡Y pensar que algún día
mi Rosita podría
ir por el mundo así...!
¡Oh, no! ¡Nunca! ¡Eso no!
¡Antes la lleve el cielo,
que verse sin amparo y sin consuelo,
pobre flor del arroyo, como me he visto yo!
(Sale doña Aurora.)

AURO. ¿Se puede?

ROSA. *(Corriendo a su encuentro.)*
¡Usted! ¡Qué alegría!

AURO. ¿Llego a tiempo de ayudar?

ROSA. Creí que ya no venía.

AURO. Pues mal creído. En un día
como éste, ¿iba yo a faltar?

ROSA. ¿Y su hija?

AURO. Atareada
como siempre con su ajuar.

ROSA. ¿Vendrá?

AURO. Con Enrique, luego.
Por más que yo se lo ruego
no sale sin él a nada.

ROSA. ¡Bien le quiere!

AURO. Así parece.

(Aurora, para despojarse del abrigo y el velo, deja sobre una silla un envoltorio que trae.)

ROSA. Pero ¿qué es eso?

AURO. El mantón
de Manila de Asunción.
La fiesta se lo merece.
Me encargó que lo trajera
de paso, y aquí está ya.
Yo la dije que viniera
con él puesto; pero en vano.

ROSA. Natural que no quisiera.
Por la calle de Alcalá,
en invierno y tan temprano,
no iban a reírse nada.
Esa es prenda de verano,
de verbena o becerrada.

AURO. Y que no deja el sobrino.
El mantón es artesano,
y ahora estamos por lo fino.

ROSA. Bien hacen. Hay que saber
ponerse a tono. Un doctor
de fama debe tener
la familia a su tenor.
Yo sé que gana el dinero
que quiere.

AURO. ¡No cabe más!
Vete por casa. Verás
qué muebles y qué ropero.
Cualquier día me hallarás
escotada y con sombrero.

ROSA. El barrio de Salamanca
es elegante y obliga.

AURO. Cedo, porque no se diga.
Pero, si he de serte franca,
desde que me fuí del mío
y dejé mi profesión,
delante de ellos, me río;
pero anda la procesión
por dentro.

ROSA. ¿Siempre aburrida?

AURO. Y triste. ¡Cuánto mejores

aquellos tiempos peores!
¡Y cuánta ilusión vivida
del Cerrillo a Embajadores!

ROSA. Allí era usted popular.

AURO. Al menos, lo procuré,
y el puesto que yo dejé
nadie lo ha vuelto a ocupar.
Cuando bajo por allí
me rodean a porfía.
¡Todos se acuerdan de mí!
Se me quiere, todavía,
más de lo que yo creí.
¡Es mucho barrio, hija mía,
el barrio en que yo nací!

ROSA. Y usted, como pocas, buena.

AURO. ¿Yo?

ROSA. Y los suyos. Si no, ¿quién
me hubiera hecho tanto bien
consolándome mi pena
y ayudándome a vivir
sino ustedes? ¿A quién debo
la honrada vida que hoy llevo,
mi paz y mi porvenir?

AURO. ¡Sépalo Dios!

ROSA. Yo lo sé:
A ustedes, que no dudaron,
y con amor me pagaron
el daño que les causé.
A usted, que salvó mi vida,
cuando mi hija nació.
A usted, que al verme afligida,
mi alma fortaleció;
a usted, que me estableció,
que me puso este taller
y me buscó clientela;
¡a usted, que mira y que vela
por todo! ¿A quién ha de ser?
¡Diga usted si quien hallar
consiguió tantas mercedes,
no está obligada a besar
por donde pisen ustedes!

AURO. Se hizo lo que se pudo.
Pero bien te lo has ganado
con tu proceder honrado
y con tu trabajo rudo.
¡Quien se atreva a murmurar
de ti, que se quede mudo!
ROSA. Tampoco hay que exagerar:
¡se hizo lo que se pudo!
(Pausa.)
¿Y cuándo es la boda?
AURO. El mes
ya se sabe: el de las flores,
y el de los pitos del Santo.
ROSA. ¡Bien elegido! Y los tres
¿muy contentos?
AURO. Verdad es.
La boda es de las mejores.
ROSA. Sí es raro quererse tanto
y unir parentesco, edad,
salud, gloria, buena estrella...
AURO. Pero, a decirte verdad,
está él más frío que ella.
ROSA. ¿Por qué?
AURO. No sé, y ella, ahora,
con el carácter sombrío.
Ríe lo mismo que llora.
¡No la sienta el señorío!
Está pálida, delgada,
desganada y ojerosa.
ROSA. *(Riéndose.)*
¡Enfermó de no hacer nada!
Si es muy malo estar ociosa.
(Pausa y transición.)
¿Sigue siendo tan celosa?
AURO. Más cada día.
ROSA. ¿De quién?
AURO. ¿De quién ha de ser? De ti.
ROSA. ¿De mí?
(Con dignidad.)
Pues no piensa bien
si es que sospecha de mí,

AURO. Son nubes que pasarán.
ROSA. Pero no tiene razón.
AURO. Yo eso la digo: Asunción,
los muertos, muertos están.
No temas lo que no ignoras.
Por no quedar, ni siquiera
pueden quedar a estas horas
cenizas de aquella hoguera.
ROSA. ¡Sí que es tonta su quimera!
Después de lo que pasó
por mi culpa, todo era
imposible entre él y yo.
Y creo haberme portado
con Enrique lealmente.
AURO. Quien diga otra cosa, miente.
ROSA. El seguía enamorado
con extraña obstinación,
y a toda costa quería
que me casara con él.
¡Verdadera abnegación
fué la mía!
¡Que tuve que ser cruel
cuando por él me moría!
AURO. También te ayudé por esto.
Por tu falta de egoísmo.
Que no hubiera hecho lo mismo
otra cualquiera, en tu puesto:
colmar sus propias desgracias
por hacer la dicha ajena.
ROSA. *(Sonriendo, pero suspirando amargamente.)*
Eso no vale la pena.
¡Soy madrileña, a Dios gracias!
(Pausa.)
AURO. ¿Y del otro? ¿Qué has sabido?
ROSA. *(Penosamente.)*
¿De Miguel? Nada. Que huyó.
Era un pájaro y voló
hacia el país del olvido.
AURO. Pero... ¿fué él?
ROSA. *(Con tanta firmeza como odio.)*
Sí, señora,

No tengo duda ninguna.
¡Tan cierto como que ahora
su hija duerme en esa cuna!

AURO. Y al conocerte, ¿qué hizo?

ROSA. Mirarme, palidecer,
disculparse, prometer
apadrinar el bautizo,
irse un día... ¡y no volver!
Por suerte, Enrique, cegado
con mi amor, no sospechó.
¡Si no, le hubiera matado!

AURO. *(Aterrada.)*
¡Calla!
(Pausa.)

ROSA. En fin... ¡Todo pasó!
Ellos, a vivir su vida,
y yo, pobre y ultrajada,
a ganarme mi jornada
o a morir escarnecida.
¡Y aquí no ha pasado nada!
¡Son las cosas de la vida!

AURO. Tú le debiste obligar
a cumplir con su deber.

ROSA. ¿Haciéndole descender
de su altura? ¡Era soñar!

AURO. Para hacer tu desventura
descendió.

ROSA. No hay que olvidar
que aquello era su placer,
y, en el placer, no hay altura
que se niegue a descender,
para volverse a elevar.
Pero no hablemos más de esto.
Me subleva y me entristece.
La vida sólo merece
una sonrisa o un gesto
de desdén. Hoy soy dichosa
con el amor de mi hija,
y no hay en el mundo cosa
que me asuste ni me aflija.
Sin haberlo conocido,

he renunciado al amor.
Vivo en paz y sólo pido
perseverancia y valor.
para sacar adelante
esta muñequita mía,
que brilla como un brillante
de la mejor pedrería.
¡Aunque, si es para que un día
caiga, como yo caí,
no sé qué le pida a Dios!

AURO. Mujer, no pienses así.
Tú estabas huérfana, y
ella nos tiene a las dos.
Alégrate.

ROSA. Ya lo estoy.
¡Cruz y raya! El hombre a un lado,
y lo pasado, pasado.

AURO. En fin, Rosita, me voy
a preparar el asado.

ROSA. ¿No tomará un dulcecito?
Fué por ellos la Pimienta.

AURO. No, gracias. No hay apetito.
Y entre horas, no me sienta.
(En la puerta, deteniéndose.)
¿Puedo usar y disponer
de todo?

ROSA. ¡Cuanto usted quiera!
¡Pida usted mi vida entera
si la cree menester!
¡Por cariño y por deber,
aquí es usted la primera!
¡Y usted manda en mi taller
como si su casa fuera!

AURO. Gracias, Rosa. Hoy has de ver
si soy buena cocinera.
(Se va Aurora. Rosa, para sí, mirándola.)

ROSA. ¡Oro de ley! ¡Corazón
de los que hay muy pocos ya!
(Pausa. Transición.)
¡Conque tan celosa está!

(Otra pausa. Desenvolviendo el mantón y contemplándolo.)
¡Es magnífico el mantón!
Yo nunca pude tener
en mis hombros uno así.
(Mirando hacia la puerta donde se supone que duerme la niña.)
¡Tú sí lo tendrás! ¡Tú, sí!
¡En cuanto seas mujer!
(Poniéndose el mantón y contemplándose embelesada ante la luna de un armario.)
¡Mantoncito de Manila!
¡Rico pañuelo chinés
que se ciñe y se perfila
de los hombros a los pies,
como si de carne fuera!
¡Pañolito japonés
que, del Rastro a la Pradera,
brillas como una bandera
del barrio de San Andrés!
Con tus vivos rosetones,
más rojos que la sangría
del Costado Redentor,
saludas en los balcones
al Cristo de la Agonía,
que pasa en las procesiones
al redoble del tambor.
Y en las tardes de verbena,
cohetes y algarabía,
mientras la música suena,
como es gitana y morena,
por manto te llevaría
la Virgen de la Almudena!
¡Mantón, que siempre serás
engañador y cruel,
y, al paso, prendiendo vas
de tus flecos,
un hombre en cada cairel,
y te los llevas detrás,
como si fueran muñecos
de papel!

¡El que acaricia el escote
con una caricia honrada,
y el que, extendido en la grada,
reluce más que el capote
de paseo del espada!
¡El que parece sufrir
y estremecerse y gritar,
cuando el torero, al matar,
está a punto de morir!
El que recuerdas, al verte,
cuando en el baile revuelas,
la novia de Luis Candelas
y el pañuelo de Reverte.
¡Pabellón de colorines,
reflejos y tornasoles!
¡Espejo de los jardines
españoles!
¡Esplendoroso y risueño
como una iluminación
en una noche de estío!
¡Maravilloso mantón
madrileño!

¡Por una vez eres mío!
(Queda embelesada contemplándose al espejo, cuando entra, sin ser visto, porque ella está de espaldas, Enrique.)

ENRI. *(Mirándola con arrobo.)*
¡Vaya estampa bonita! ¡Felices, Rosa!

ROSA. *(Sorprendida.)*
¡Enrique!

ENRI. ¡No te muevas! ¡Quieta un momento!

ROSA. *(Riéndose.)*
¿Vas a hacerme un retrato?

ENRI. ¡Si estás preciosa!
Merecías llamarte La Revoltosa.

ROSA. ¡Siempre tan extremoso!

ENRI. Dime si miento.
¡Tienes cara de Virgen, cuerpo de diosa!
(Pausa. Rosa se despoja del mantón. Enrique se dirige a la puerta donde se supone que duer-

me la niña, y levantando la cortina, pregunta.)
¿Duerme?

ROSA. Sí.
(Otra pequeña pausa.)
¿Cómo vienes solo?

ENRI. ¿Te asusta?
(Acercándose a ella y bajando la voz.)
Porque solo y a solas quería verte.

ROSA. *(Echándolo a broma.)*
¿Misterios?

ENRI. *(Con pasión.)*
¡Esperanzas!

ROSA. De cualquier suerte,
tus males o mis males.

ENRI. Eres injusta.
Tus males y los míos, son esta vida;
este ahogar un cariño que nos devora;
esta pena que sangra tan escondida,
y este negar al alma lo que ella implora.

ROSA. *(Apartándose de él con temor.)*
Enrique, ¿por qué vuelves a tu porfía?
Hacía mucho tiempo que te creía
curado para siempre de esta locura.

ENRI. *(Con amargura.)*
¡Algunos sufrimientos no tienen cura,
porque desde que nacen son agonía!
Como éste. Me mandaste que te olvidara,
y, por obedecerte, para olvidarte,
puse mis ilusiones en otra parte
¡y yo mismo alcé el muro que nos separa!

ROSA. *(Siempre a broma.)*
La mancha de la mora dicen que con
otra verde se quita.

ENRI. ¡Vana ilusión!
Eso con el cariño quise yo hacer,
pero si se apodera del corazón
no hay quien borre la mancha de una mujer.

ROSA. *(Súbitamente pensativa.)*
¡Bien dices! ¡Esa mancha que no se quita!
¡La que siempre se lleva sobre la frente!

¡La mancha vergonzosa, negra y maldita!
¡La que ha de separarnos eternamente!

ENRI. *(Rápido.)*
Esa, no. Por mi parte ya fué borrada.
Te indultó tu conducta de mi condena.
Yo ya he dicho de aquello: "Fué agua pasada".

ROSA. Pero yo no lo digo.

ENRI. ¡Y ésa es mi pena!
¡Que este cariño mío no tenga cura,
porque es como una rama que, en la espesura,
echa nuevo ramaje tras de la poda!

ROSA. *(Irónica.)*
¡Enrique! ¿Hablas en serio? ¡Si se asegura
que para el mes de mayo tendremos boda!

ENRI. Boda, no: ¡cautiverio! Yo estoy penando.
Asunción se nos muere de incertidumbre.
Porque asoman las brasas de vez en cuando,
sabe que mis cenizas ocultan lumbre.
Y como sufre y calla, porque comprende
que ella es muy poca cosa para mi vida,
ha llegado el momento de que decida
cuál ha de ser tu suerte, cuál mi camino.
Habla. Dí una palabra. De ti depende
que cambie para siempre nuestro destino.
(Con decisión.)
Se deshará la boda, si tú lo quieres.

ROSA. *(Cada vez más asombrada.)*
¿Deshacerse la boda? ¿Capaz serías
de hacer a las más buenas de las mujeres
traición semejante, siendo quien eres?
¡Enrique! Reflexiona, que desvarías.
¿Cómo ya no la quieres, si la querías?

ENRI. ¡Quererla!... Nunca supe si la he querido.
A fuerza de obstinarnos y de poner
la voluntad en algo que se ha elegido
para borrar las huellas de otro querer,
llega a ser parte misma de nuestro ser.
¡Pero qué fácilmente nos lo arrancamos
como cosa postiza! ¡Y, en cambio, hay cosas
que en el alma se meten sin que queramos!

ROSA. ¡Por coger las espinas dejáis las rosas!

Asunción es un ángel. Su amor, profundo.
Ella, el alba que apunta; yo, el sol que muere.
Sabrá hacerte dichoso.

ENRI. No. Que en el mundo
no goza el que es querido, sino el que quiere.
¡Porque tú eres la carne que me aprisiona!
¡El vendaval que empuja! ¡La luz que ciega!
¡La pasión que enloquece porque se niega,
y cuanto más se niega, más apasiona!

ROSA. *(Con resolución.)*
¡Déjame! ¡Vete, Enrique! Y "agua pasada",
como dices. Olvidas—¡pobre de ti!—,
para hacerme tu amante, que soy honrada;
para hacerme tu esposa, que no lo fuí.
¿Qué puede entre nosotros haber ahora?
¿Qué clase de cariño ni de ilusión?
No tenemos, Enrique, más solución
que echar agua en la hoguera que nos devora
y callar, a cachetes, el corazón.
¿Qué dirías mañana, cuando, casados,
dándote yo esta hija, que ni siquiera
sabe quién fué su padre, te pareciera
que arrastraban tu honra por todos lados?
¡Cuántas veces, pensando que te engañé,
sentirías vergüenza de ella y de mí!
No, Enrique. Considera lo que luché.
Deja seguir las cosas como hasta aquí.
Cuando Dios lo ha dispuesto, sabrá por qué.

ENRI. *(Con desaliento.)*
¡Veo que ni me quieres ni me has querido!

ROSA. *(Ahora es ella la apasionada.)*
¿No quererte? ¡Estás ciego! ¿No has com-
[prendido
que sólo por quererte como te quiero
rechazo la ventura que tantas veces
has venido a ofrecerme? No te mereces
que procure la tuya mientras yo muero
de pena. ¡No quererte, la que podría
quitarse la zozobra de cada día
accediendo a tus ruegos! Pero ¿y después?
¡No, no! No quiero nunca que haya por medio

la nube de un pasado que nos aflija.
Por fortuna, hoy las cosas tienen remedio.
Tú tendrás más amores. Yo, el de mi hija.
Y si al fin de la vida nos encontramos,
verás cómo el cariño que hoy renunciamos
nunca perece.
Solamente el deseo que no ha vivido
se salva de los años y del olvido.
¡Todo lo que se vive se desvanece!
(Pausa.)

ENRI. *(Con desesperación.)*
¿Entonces?...

ROSA. Marca fecha para tu boda.
Prometo, si me dejas, ser la madrina.

ENRI. Hasta en eso te vengas.

ROSA. No. Como toda
mujer que a un sacrificio se determina,
me gusta torturarme.
(Pausa. Un momento quedan los dos callados.)
¡Bah! Sé obediente.
No pongas esa cara de penitente
y ríe un poco.
(Con reír nervioso.)
¡Ríe y haz que desdeñas
esta farsa de vida!
(Con sarcasmo imperioso, mezclado de dolor, en el que apuntan las lágrimas.)
¡Ríe! ¡Lo quiero!
¡Hay que tener el alma como las peñas!
(Con una extraña carcajada.)
¿No ves que yo me río del mundo entero?
(Ella, riendo, está a punto de caer en brazos de Enrique. Este la retiene por el talle cuando entra Asunción.)

ASUN. *(Deteniéndose en la puerta, pálida y temblorosa.)*
¡Felices, Rosa!

ROSA. *(Rehaciéndose y acudiendo a su encuentro.)*
¡Asunción!

ASUN. ¿Y mi madre?

ROSA. Ahí dentro anda

ASUN. *(A Enrique.)*
¡Qué bien has ido a buscarme,
como prometiste, a casa!
ENRI. Pensé que ya no estarías.
ASUN. Para creer en palabras
de los hombres...
(Asunción, que parece la sombra de sí misma, por lo demacrada y pálida, se apoya sobre un mueble como falta de fuerzas. Rosa acude en su ayuda.)
ROSA. ¡Asunción!
¿Qué te sucede?
ASUN. *(Reanimándose.)*
No es nada.
Ya va pasando... El ahogo.
(Sonriendo.)
El corazón que se para.
ROSA. Achaques de rica o celos
de mujer enamorada.
ENRI. Un poco de cada cosa.
ASUN. Y la costumbre, que falta;
porque dinero y amor
son prendas que me están anchas.
Aquella Asunción alegre
que, cuanto más trabajaba,
como si el trabajo fuera
salud, estaba más guapa,
poniendo, siempre contenta,
a mal tiempo buena cara,
perdió el color que tenía
desde que dejó la plancha,
y está más triste y más débil
cuanto mejor se regala.
ENRI. Al revés que todo el mundo.
ROSA. Muchas veces, eso pasa.
Hay cariños que dan pena,
y hay alegrías que matan.
Pero basta de pesares
en fecha tan señalada.
(Mostrando las flores que habrá en el altarcito.)

Las flores que me mandasteis
son preciosas. ¡Y son cáras
en este tiempo! A mi Virgen
las puse. En su nombre, gracias.
El mantón supongo que es
para engalanar la sala.
(A Asunción, cogiéndolo y dándoselo por las puntas.)
Ayúdame a colocarlo.
como un tapiz sobre el arca.
(Entre Asunción y ella lo extienden graciosamente.)
Así, para que se admiren
al verlo mis oficialas.
(Contemplándolo a distancia.)
Sólo falta un bastonero,
farolillos y guirnaldas,
para hacer del obrador
un baile de rompe y rasga.
(A Enrique, que se ha sentado y permanece ensimismado.)
¿No es verdad, Enrique?
(Enrique no la oye.)

ASUN. ¡Enrique!

ENRI. *(De pronto.)*
¿Decías?

ASUN. ¿En qué pensabas?

ENRI. *(Como despertando de un sueño.)*
¡En un mantón de Manila
sobre un cuerpo de gitana!

ROSA. *(Que ha comprendido la intención, sonriéndose, a Asunción.)*
¡Pues eso no va por mí;
conque donde llamen, abran!
(Vase. Apenas ha salido Rosa, Asunción, ya sin dominarse, celosa y airada, dice:)

ASUN. ¡Enrique, no puede ser!
¡Me vas a quitar la vida
por culpa de esa mujer!

ENRI. ¿Es que vas a suponer...?

ASUN. La verdad. De una perdida

¿qué no se puede temer?
¿Qué hacíais solos?

ENRI. Hablar.

ASUN. ¿Y de qué hablabais?

ENRI. De ti.

ASUN. ¿Y por eso os sorprendí
tan alegres, al entrar?
¡Ailá con vuestra conciencia
y cada cual con la suya!
Mas dila que no concluya
por agotar mi paciencia,
que yo soy capaz de hacer
lo que la más decidida.
¡Tú no me quitas la vida
por culpa de esa mujer!

ENRI. Asunción, si hace un momento
la hubieras oído hablar,
¡qué otro fuera tu cantar
y qué otro tu pensamiento!
Tú podrás—como la gente—,
pensar de ella malamente
porque en pensar no hay delito;
pero—óyelo de una vez—
es más firme su honradez
que la piedra, y necesito
que honrada siempre la creas
como quien lo sea más.
¡No dudes de ella jamás
mientras caer no la veas!

ASUN. No dudar es una cosa;
callar, otra. Callaré.
Pero siempre temeré
pincharme con una rosa.
Rosa se llama, y ¿quién fía
de falsos y de bribonas?
Pero escúchame: si un día
por ella me traicionas
y eres, cual todos, ingrato,
causando mi perdición,
¡por esta cruz, que te mato,
como me llamo Asunción!

Y yo cumplo lo que juro.
Piénsalo bien. No te obligo,
si tu amor no está seguro,
a que te cases conmigo.
Pero antes que se decida
nuestra boda lo has de ver.
¡Tú no me quitas la vida
por culpa de esa mujer!
(Mutis de Asunción por la misma puerta que Rosa. Enrique, solo, un momento. En seguida se oye gran algazara en la escalera e invaden la escena, alegremente, Pimienta, Pascual, Maruja, Enriqueta, Sole, el Poeta, Estudiante 1.º, Estudiante 2.º y el Ciego. Luego, la Peque. Pimienta y Pascual vienen cargados de paquetes y botellas. El Ciego trae un acordeón.)

MARU. ¡Los invitados!

ENRIQ. Aquí están.

PIMIEN. *(Poniendo los envoltorios sobre la mesa.)*
¡Y los pasteles!

PASC. *(Idem, las botellas.)*
¡Y el anís!

POETA. ¡Hoy no se ayuna en el país
de los pespuntes y el hilván!

PASC. *(Reparando en Enrique que, un poco apartado y sonriendo, contempla aquella invasión de alegría.)*
¡Señor doctor, muy buenos días!

PIMIEN. ¿Y la maestra?

ENRI. En el fogón.

PASC. ¡Santa palabra!

EST. 1.º *(Al Ciego, que, conducido por Sole, se ha sentado, silenciosamente, en un rincón, con el acordeón sobre las rodillas.)*
¡Acordeón!
¡A ver! ¡Unas melodías
que nos sirvan de introducción!
(El Ciego ataca un pasodoble ruidoso. Pimienta se va por la puerta que se supone da al interior de la casa para volver en seguida con unas copas y un sacacorchos. El acordeón

produce tal escándalo, que algunos se tapan los oídos.)

SOLE. *(Chillando.)*
¡Formalidad!

MARU. *(Chillando también.)*
¡Si así empezamos
no nos podremos entender!
(A una seña! de Sole, que le ha dado en el hombro y le ha hablado al oído, el Ciego deja de tocar.)

EST. 2.° ¿Y qué hacemos que no bailamos?

ENRIQ. Aún es pronto.

MARU. Después de comer.

PIMIEN. *(Saliendo con las copas.)*
Lo primero es hacer repuesto.
(Deja las copas en la mesa. Pascual descorcha una botella y da de beber a los hombres. empezando por Enrique. Este, a su vez, saca la pitillera y reparte cigarros. Entretanto, las mujeres forman grupo aparte.)

ENRIQ. ¡Vaya un salón para bailar!

MARU. ¿Pues y el mantón?
(Todas contemplan, admiradas, el mantón de Manila.)

SOLE. Está bien puesto.

MARU. Parece un trono.

PIMIEN. ¡Es un altar!
Pongamos aquí los regalos,
sobre el mantón.
Ya veréis, aunque sean malos,
cómo agradece la intención.
(Pimienta ha sacado de su gran monedero una cajita de cartón que contiene un abanico. La abre, despliega aquél y lo coloca extendido sobre el arcón, recostada en la pared. Las demás van haciendo lo mismo con sus obsequios. Esta trae un frasquito de esencia; la otra, un portamonedas, etc... Todas lo colocan con una simetría ingenua, de escaparate pueblerino. Van desfilando con la frase y colocándolo a su tiempo. La Peque, que entra jus-

tamente en el momento de esta ceremonia, deja la caja en el suelo y corre a depositar también su regalo, consistente en una figura de escayola representando un tosco amorcillo que orina cuando se le aprieta en la cabeza.)

SOLE. El mío.

ENRIQ. El mío.

MARU. A mí me cuesta
todo el jornal de la semana.

SOLE. Y a mí también..

LA PEQ. Y a mí también.

MARU. Pero lo doy de buena gana
cuando es, como hoy, la fiesta
de la maestra más barbiana.

ENRI. *(Interviniendo desde lejos.)*
¡Muy bien hablado!

PASC. Dice bien.

LA PEQ. Yo pienso igual que la Maruja.

SOLE. Y yo también.

ENRIQ. ¡Todas igual!

PIMIEN. *(Que está junto a la puerta y parece haber oído algo.)*
¡Que viene!
(Gran revuelo.)

POETA. En fila y atención.
(Todos se agrupan a la puerta, disponiéndose en fila para dejar paso. Pascual se ha sentado junto al Ciego, y templa la guitarra. Enrique siempre aparte.)
¡A ver! ¡Guitarra! ¡Acordeón!
¡La "Marcha Real"!
(Rosa aparece en la puerta, sonriente.)
¡Viva la reina de la aguja
y del dedal!

TODOS. ¡Viva!
(Simultáneamente al "viva", la guitarra y el acordeón acometen la "Marcha Real", que cesará en seguida. Rosa, emocionada, sonríe. Asunción la sigue.)

ROSA. *(Reparando en el arcón.)*
¿Qué es esto?

PIMIEN. Los presentes
que la ofrecemos cada cual.

ROSA. *(Examinando los objetos con verdadero amor.)*
¡Qué gastadoras! ¡Qué imprudentes!
¡Para quedaros sin un real!
(Muy conmovida.)
¡Que Dios os lo pague!

LA PEQ. ¡Enriqueta!
¿No habla tu novio?

ENRIQ. *(A Rosa, henchida de orgullo.)*
Con perdón,
va a hablar mi novio, que es poeta.

EST. 2.° *(A Pascual, que, entre trago y trago, runrunea pesadamente en la guitarra.)*
¡Que se calle ese moscardón!
(Pausa. Gran silencio lleno de cómica solemnidad en que el poeta avanza ante Rosa, y, desplegando un papel, lee enfáticamente. Todos le rodean con ansiedad. Sólo Asunción parece dar muestras de disgusto.)

POETA. Colmena es este obrador
donde viven las abejas
mejor que, tras de sus rejas,
las esposas del Señor.
Porque con tanto dulzor
a tu gusto las manejas,
que, si en libertad las dejas,
hacen lo que el ruiseñor:
volver de nuevo a las tejas
bajo las que oyó sus quejas
la jaula del cazador.
Por eso hoy tiene el honor
de desearte que tejas
tu porvenir seductor
con las mejores madejas
de felicidad y amor,
este coro de parejas
que disfrutan tu favor,
por boca de este hablador,
zángano entre tus abejas.

TODAS. *(Aplaudiendo.)*

¡Bravo!

EST. 2.º Muy bien.

EST. 3.º Eso es hablar.

ROSA. Pues como no sé contestar
aunque sí tengo que añadir
que nunca podré pagar
tanto favor, por no aburrir
diré... ¡que vamos a almorzar!

AURO. *(Apareciendo en la puerta con manguitos y mandilón.)*
¡La paella se va a servir!

PASC. *(Tirando la guitarra precipitadamente.)*
¡La paella!

POETA. ¡Qué gran poema!

PIMIEN. ¡A la mesa!

PASC. ¡A la mesa, señores!
(En pos de doña Aurora, que vuelve a desaparecer, se precipitan todos alegremente, haciendo mutis.)

POETA. *(Al irse.)*
¡Viva el amor! ¡Viva la crema
de las modistas de Embajadores!

TODOS. ¡Viva!
(Vanse todos. Los últimos, Asunción y Enrique. Rosa, que se ha detenido para abrir un armario y sacar unas servilletas, queda sola, rezagada la última. Cuando va a salir, se abre la mampara silenciosamente, y aparece Miguel, que ruega, más que dice, con la voz entrecortada por la emoción.)

MIG. Un momento.

ROSA. *(Con el mayor asombro, al verle.)*
¿Tú? ¿Tú en mi casa?
(Miguel hace intención de hablar. Rosa le interrumpe.)
¡No te conozco! ¡Márchate! ¡Vete!

MIG. *(Avanzando resuelto.)*
No sin que hablemos unas palabras.

ROSA. ¿Yo hablar contigo?
(Riendo con sarcasmo.)
¡Qué cosas dices!

Se habla con hombres; no, no con fantasmas.
(Señalando a la puerta por donde se fueron todos.)
¡Márchate! ¡Vete!

MIG. *(Friamente.)*
Si quieres, llama.
Mas me verían, y es lo prudente
que no se enteren de lo que pasa.
Cierra esa puerta y óyeme, Rosa.
Mira que traigo bandera blanca.
(Pausa. Rosa, convencida de que nada conseguirá, cede por la fuerza y cierra.)

ROSA. Cierro.
(Acercándose a él, cara a cara, con valentía.)
¿Qué quieres? Dilo de prisa.
¿Qué daño ocultas? Dilo y acaba.

MIG. Daño, ninguno. Remordimientos,
algunos traigo dentro del alma.

ROSA. *(Con estupor.)*
¿Remordimientos? ¿Será posible
que, cuando menos lo imaginaba,
descubra que eres, como nosotros,
de carne y hueso? ¿Que tienes alma?
¡Lo que es el mundo! ¡Yo te creía
de mármol frío como una estatua!

MIG. Razón te sobra para creerlo.
Hay apariencias que nos engañan.
Para quien tiene, cual yo, la vida
pendiente siempre y amenazada,
son las pasiones a flor de tierra
viento que pasa.
De vez en cuando, desde mi altura,
como el milano que a tierra baja
cobro una pieza. Loba o cordera,
para mi instinto cualquiera basta.
Me falta tiempo para elegirla.
Vivo de prisa y el tiempo manda.
Garza inocente, tú fuiste mía.
Yo no sabía que tú eras garza.
Solté mi presa y alcé mi vuelo.
Fuiste, en mi vida, viento que pasa,

Pero, en conciencia, ¿fuí yo culpable
de tu desgracia?
Lo fué el Destino. ¡Que él solo puso
tu carne joven bajo mi garra!

ROSA. *(Con amarga ironía.)*
¡Lo fué el Destino! Tú, no. ¡Los hombres
no tenéis nunca culpa de nada!
¡La culpa es nuestra, que somos flores
para la mano que nos arranca!
Yo era una pobre mujer del pueblo.
Tú, un señorito. Yo no te amaba,
ni tú tampoco. Pero me hallaste
desvanecida y extraviada,
y ante el capricho de tu deseo,
¿yo qué valía ni qué importaba?
¡Lo que un soldado vale en la guerra!
¡Lo que en los mares un sorbo de agua!
Cuando, más tarde, mi mala suerte
de nuevo quiso que te encontrara,
sin acusarte, sin exigirte,
sólo te dije: Tú fuiste causa
de mi desdicha. Repara en ella
y haz lo que puedas por remediarla.
¡Y me escuchaste sin conmoverte,
y a mis dolores diste la espalda!
¡Si no me oíste cuando gemía
y, humildemente, te suplicaba,
ahora, que en nada te necesito,
por qué me buscas? ¿Qué quieres? ¡Habla!

MIG. Quiero mi hija.

ROSA. *(Con supremo asombro.)*
¿Tu hija?
(Pausa. Esta frase ha sido más bien un grito. Rosa queda unos momentos muda de estupor, mirándole de hito en hito.)
Pero
¿tú conocías esa palabra?
¡Hija! ¡Tu hija!
(Con soberano desdén.)
¿Quién es tu hija?
¿La que fué carne de mis entrañas?

¿La que yo sola traje a este mundo
desamparada?
¿La que maldije cuando nacía
y hoy me enloquece cuando me llama?
¿La que primero fué mi vergüenza,
y ahora es mi orgullo y es mi esperanza?
¿Que ésa es tu hija? ¡Qué cosas dices!
(Con sublime arranque de orgullo maternal.)
¡Es hija mía! De ti... ¡no es nada!

MIG. *(Sin perder la serenidad.)*
Nada, hasta ahora. Desde este instante,
lo que tú quieras: hija o ahijada,
todo en mi vida. ¡De tal manera
cambian las cosas y el mundo cambia!
Desde que un día,
como tú dices, volví la espalda,
llevo conmigo la mala suerte.
Todo me falla.
Ni paso firme, ni cosa cierta.
La profecía de una gitana
sólo me dijo: "Llevas la negra.
Hay dos mujeres que te la mandan.
Deudas antiguas, que has olvidado.
No esperes suerte si no las pagas."
Yo tomé a burlas la profecía
y no hice caso. Mas fueron tantas
mis desventuras,
y tan seguidas y tan extrañas,
que como tengo deudas contigo,
y ahora comprendo que son sagradas,
para librarme de vuestro hechizo,
vengo a pagarlas.

ROSA. ¿Pagarlas? ¿Cómo? ¿Con tu... cariño?
Si es...—tú lo dices—¡viento que pasa!

MIG. Si no cariño, darte mi nombre.

ROSA. *(Rápida. Comprendiéndole.)*
¿Casarnos? ¡Calla!
(Pausa. Miguel hace gestos de impaciencia.)
Tu nombre solo, ¿de qué me sirve?

MIG. *(Cada vez más impaciente.)*
Solo, de nada.

Pero es que el nombre lleva otras cosas.

ROSA. *(Otra pausa breve. De pronto, adivinando. Como si le escupiese al rostro las palabras.)*
Ya sé: dinero.
(Signo afirmativo de Miguel.)
¡No más faltaba
que me creyeras tan miserable
para aceptarlo!

MIG. Rosa, ten calma.
Piénsalo un poco, que te conviene.
Hoy te sorprende. Pero mañana
quizás aceptes, reconocida,
lo que hoy rechazas.
Llevo conmigo la mala suerte.
Sois tú y la niña quien me las manda.
Pídeme, Rosa. Dí qué deseas.
Cobra tus deudas antiguas. ¡Habla!
(Enrique, de pronto, apareciendo blanco de ira y de odio.)

ENRI. ¿Deudas antiguas? ¡Ah, miserables!
(Cierra la puerta tras de sí con pestillo. Rosa, al verle, palidece también.)

ROSA. ¡Enrique!

ENRI. *(Cogiéndola de una mano, imperiosamente, y apartándola a un lado.)*
¡Calla!
(A Miguel, bajando la voz para no ser oído, reconcentrando en ella todo su odio.)
¡Pues no te apures, porque ahora mismo
vas a pagarlas!

MIG. ¿Tú?

ENRI. ¿Te sorprende? Yo, que hace tiempo
odiaba a un hombre con toda el alma,
y no sabía que era mi amigo,
mi fiel amigo, mi camarada,
el compañero de mis placeres
y mis tristezas, el que buscaba.
Ya te he encontrado. ¡Ya estoy contento!
¡Voy a matarte! ¡Si puedes, mata!
(Se dirige a él en actitud amenazadora.)

ROSA. *(Interponiéndose.)*

¡No! ¡Enrique!

MIG. *(Sin perder la serenidad.)*
¡Déjale!

ROSA. ¡Jamás!

ENRI. *(Desasiéndose nuevamente de ella.)*
¡Aparta!

ROSA. *(Cubriendo a Miguel con su cuerpo, en noble arranque de mujer, y apostrofando duramente a Enrique.)*
Pero ¿qué es esto? ¿Con qué derecho
pretendes, loco, tomar venganza
de unas afrentas que no son tuyas
y sólo mías? ¿Quién eres para
mezclarte en pleitos ajenos? ¿Cuándo
te di poderes en esta causa?
No necesito quien me defienda.
Sé defenderme. Nadie te llama.
Deja a este hombre.
Me basto sola y está en mi casa.

ENRI. *(Desconcertado por la actitud de Rosa.)*
¿Aún le defiendes? ¡Entonces era
todo mentira y eres tú falsa!

ROSA. ¡Falsa! ¿Qué dices?

ENRI. Lo que estoy viendo.
¡Que fuiste suya porque le amas!

ROSA. Nada te importa. Dios y nosotros
sabemos eso.

MIG. Rosa, ya basta.

(Durante la discusión han ido levantando la voz hasta ser oídos en la habitación inmediata, de la que de vez en cuando han llegado rumores de algazara y alegría. En este momento se supone que se han dado cuenta de que algo grave pasa en escena, y pugnan por salir. Pero como Enrique echó el cerrojillo, golpean la puerta y llaman insistentemente.)

PIMIEN. *(Dentro.)*
¡Abra, maestra!

ASUN. *(Idem.)*
¡Enrique!

AURO. *(Idem.)*

¡Rosa!

PASC. ¡Abrannos! ¡Abran!

MIG. *(A Enrique.)*
Puesto que quieres, con dos amigos
y unas pistolas...

ROSA. ¿Tú también? ¡Calla!
Si a él le he exigido que te respete,
a ti, que calles y que te vayas.
¡Vete!

MIG. Obedezco.
(A Enrique.)
Pero... hasta pronto.
a ver si cumples tus amenazas.

ASUN. *(Dentro, con angustia.)*
¡Enrique!

ENRI. *(A Miguel.)*
¡Juro que he de matarte!

MIG. *(Ya en la puerta.)*
¡Ya tengo hechizo contra las balas!
(Mutis de Miguel. Rosa corre a abrir la puerta. Salen precipitadamente, Asunción, Aurora, Pimienta, Pascual, etc., etc.)

AURO. *(A Rosa.)*
¡Rosa!

PIMIEN. *(A Rosa.)*
¡Maestra!

ASUN. *(A Enrique.)*
¿Qué ha sucedido?

PASC. ¿Por qué gritaban?

ENRI. ¡Nada, señores! Cosas de Rosa.
Deudas antiguas que no la pagan.
¡Deudas antiguas que importan mucho
y que yo juro que he de cobrarlas!
¡A ver, muchachos! ¡Dadme que beba!
¡Tengo la boca como una brasa!
(Todos, asustados por el tono extraño de Enrique, que nadie comprende, hablan en voz baja, comentándolo. Las mujeres rodean a Rosa, que trata de sobreponerse.)

AURO. Pero ¿qué ha sido?

ROSA. Miguel que ha vuelto,

AURO. ¿Y Enrique sabe...?
ROSA. Sí. ¡Por desgracia!
ASUN. *(A Rosa, con profundo rencor.)*
¡Maldita seas! ¡Que por tu culpa
siempre tendremos en vilo el alma!
(Pascual ha vuelto a llenar las copas y ofrece a Enrique, que bebe con avidez, una tras de otra, como queriendo embriagarse. Modistas y estudiantes, deseosos de borrar la violencia del momento, rodean al ciego, poniéndole el acordeón en las rodillas y pidiéndole que toque.)
POETA. Se aguó la fiesta.
PASC. No hay que apurarse, que no fué nada.
ENRI. *(A Pascual.)*
¡Dame más vino! ¡Cuanto más bebo
más arde el fuego de mi garganta!
(Gran algazara. Empieza a sonar el acordeón, pero en el mismo instante comienza a oirse, lejana, una charanga, que se acerca.)
PIMIEN. ¡Callad! ¿Qué suena?
POETA. ¡Silencio todos!
(La Peque y Maruja acuden presurosas al balcón.)
LA PEQ. ¡Unos tambores!
MARU. ¡Una charanga!
LA PEQ. ¡Es un entierro de mucho rumbo!
¡Salid, que pasa!
(Modistas y estudiantes se apiñan al balcón.)
ENRI. *(A Pascual.)*
¡Vino! ¡Más vino!
(Pascual, sin atreverse a contrariarle, le sirve, aunque Enrique da muestras de embriaguez. Rosa y Pimienta forman un grupo. Asunción y Aurora, otro. Las cuatro mujeres, silenciosas y preocupadas. El Ciego, que ha dejado de tocar solitario, en un rincón, sin que nadie le haga caso. Pausa.)
EST. 1.° ¿Quién será el muerto?
ENRI. *(Levantándose de pronto, como transfigurado.)*

¡Madrid, el viejo, que hoy pierde el alma!
(Se dirige al balcón.)
¡Miradle todos! ¡Madrid ha muerto!
¡Rígido y frío va en esa caja!
(El grupo del balcón le abre hueco, y mientras se supone que desfila el entierro ante la casa, Enrique, con acento emocionado y un poco fuera del mundo, recita los versos siguientes, sobre la música. Esta ha de ser el trozo de "La verbena de la Paloma", que tocó el organillo al acabar el primer acto, y que ahora repite la charanga, pero transportado a marcha fúnebre y acompañado rítmicamente de un redoble de tambores. Mientras Enrique habla, Rosa, Asunción, Pimienta y Doña Aurora irán poco a poco acercándose también al balcón, como atraídas por una fuerza extraña, hasta caer de rodillas.)
¡Madrid del año noventa!
¡Maravillosa ciudad
del patio de vecindad,
toda de sal y pimienta!
El Madrid que hoy se despinta
como un telón anticuado.
¡El solar que fué reinado
de Fortunata y Jacinta!
¡El que Barbieri nos diera;
donde La Vega y Bretón
por la Cava y Gilimón
detrás de una cigarrera
buscaron su inspiración!
¡El de los viejos cafés
del Vapor y Platerías!
¡El de los menudos pies
y las mujeres bravías!
¡El que de albahacas se aroma
bajo las noches de estío,
cuando suenan, junto al río,
las risas de la Paloma!
¡Musa alegre y callejera,
ponte el negro pañolón

y enluta tu calesera.
que del Rastro a la Pradera,
llora la ciudad entera
por el alma de Bretón!
¡Madrid! ¡El de la verbena!
¡Alma noble! ¡Pecho abierto!
¡Llora afligido de pena,
porque tu alegría ha muerto!
(El cortejo vuelve a ponerse en marcha. Se oye otra vez la música.)

TELÓN RÁPIDO

INTERMEDIO

(Sale un actor a telón corrido, y dice:)

Intermedio:

¡Madrid, el viejo, se está muriendo!
¡Nos abandona! ¡No volverá!
¡Se fué educando y enriqueciendo,
y poco a poco fué decayendo
de tal manera, que no es él ya!
Ya no es el que era. Salió de viaje
y trajo un aire muy pirisién.
Gusta de whisky y el maquillaje,
chuta, boxea, cambia de traje,
y es una estampa de un magasén.
El boticario de la Paloma
se ha vuelto un barman del bulevar,
y los narcóticos de su redoma
—opio y morfina que fuma y toma—
son el reclamo para su bar.
Madrid, hoy pálido, tiene una mueca
muy "siglo veinte", muy "gran hotel";
y el efebismo de una muñeca
que no se sabe si, cuando peca,
es una fémina o es un doncel.
Vendió su alma por lo aparente

de una mundana modernidad,
pues ignoraba—¡pobre inocente!—
que iba a vestirse grotescamente,
con el desecho de otra ciudad.
Era romántico y era pequeño...
Muy galdosiano, muy de café.
Y en la tertulia, siempre risueño,
descabezando su fácil sueño,
se deleitaba con el rapé.
Pero de pronto sintióse un día
la convulsiva renovación,
y la anticuada litografía,
llena de suave melancolía,
es un cubista chafarrinón.
Y ahora, medroso y acobardado
de su romántica antigüedad,
Madrid, el viejo, se ha extraviado
y anda sin rumbo por la ciudad.
Madrid ha muerto. Se alza un revuelo
cuando el entierro se oye pasar,
y entre los flecos de su pañuelo,
pálida y llena de desconsuelo,
la Revoltosa rompe a llorar.
Y arrodillándose triste y llorosa,
trágicamente tira un clavel.
Detrás la gente va silenciosa.
Cierra la noche. Todo reposa.
¡Madrid ha muerto! ¡Llorad por él!
(Mutación.)

ACTO TERCERO

Salón de espera en una gran casa de modas. Al fondo, vestíbulo. Puertas a derecha e izquierda. Muebles lujosos y severos. Es media tarde.

(En escena, Pascual, elegantemente vestido y muy grueso, atendiendo a las Señoras 1.ª, 2.ª y 3.ª, que sentadas en amplios divanes, examinan un modelo que la Sole, actuando de

maniqui, ostenta en el salón. Doña Aurora, también transformada y con sombrero, está sentada, aparte, curioseando en silencio. Pimienta, que es la encargada de la casa, lleva el pelo a lo garçonne, viste un sencillo traje sastre de irreprochable corte y va y viene atendiendo a todo. En el aspecto general de la casa, en los trajes atrevidísimos y las melenas cortas de todas las oficialas, se advierte una influencia moderna y parisién muy marcada.)

ASC. *(A la Señora 1.ª)*
Este modelo, señora,
es la última creación.
¡Lo más "chic" de la estación!
(A la Sole.)
"Mademoiselle", vuélvase.
(La Sole, se vuelve.)
Ahora
ande usted por el salón.

EÑ. 1.ª *(Aparte, a la Señora 2.ª)*
Es, realmente, distinguido.

EÑ. 2.ª Sí.

EÑ. 1.ª Pues éste.
(Vase la Sole. A Pascual.)
Todo igual.

EÑ. 2.ª *(Que viste un traje verdaderamente escandaloso, con el que va casi desnuda.)*
Diga usted, "monsieur" Pascual,
¿no hay otro más atrevido,
de noche, para ir al Real
o al baile de la Embajada?

ASC. *(Dirigiéndose a una de las puertas de la derecha, que se supone comunica con el cuarto donde los maniquíes se visten y desnudan, como si hablara con alguien que está dentro.)*
Póngase el modelo azul.
(Volviendo al centro de la escena y respondiendo a la Señora 2.ª)
Una túnica de tul,
transparente y escotada,
que a "madame" la irá muy bien

en el baile o el teatro.
(Volviendo otra vez a la puerta con una m vilidad que aturde.)
¡A ver, ese "manequín"
del modelo veinticuatro!

PIMIEN. *(Que ha salido y vuelve.)*
Ya viene.
(Aparte, a doña Aurora.)
Olvidó, sin duda,
prenderse el sujetador
y se nos quedó desnuda
en medio del corredor.
(Sale Enriqueta con un traje muy severo.)

PASC. *(A la Señora 3.ª)*
¿Qué le parece, señora?

PIMIEN. *(Interviniendo oportuna.)*
Ayer se encargó uno igual
la viuda de Altamoral.

SEÑ. 3.ª *(Con desdén, casi sin verlo.)*
La verdad, no me enamora.
Es muy poco original.
(Enriqueta se retira.)

SEÑ. 1.ª *(Aparte a Pimienta.)*
¿Y "madame", que nadie sabe
qué es de ella? ¿No recibe?

PIMIEN. Tuvo a su hija muy grave.
Casi de milagro vive.
Y a ella, de tanto sufrir,
no la quedó humor de nada.
Pero ya está mejorada
y volverá a recibir.
(En este momento sale la Peque, luciendo l referida túnica azul, que casi no existe de co ta, sutil y descotada.)

PASC. *(A la Señora 2.ª)*
¡La túnica descotada!
¡No queda más que pedir!
(La Peque evoluciona con posturas muy estu diadas, casi de bailarina clásica. Todas la señoras clavan en ella sus impertinentes. Doñ Aurora hace gestos de escándalo.)

SEÑ. 2.ª Sí, es atrevido.
SEÑ. 1.ª Y extraño.
AURO. *(A Pimienta.)*
¡Más que un traje de "soirée"
parece un traje de baño!
SEÑ. 2.ª ¡Me gusta mucho!
PASC. *(Con hipócrita humildad.)*
¿Acerté?
SEÑ. 2.ª Del todo. En mi vida he visto
tan perfecta comprensión.
PASC. *(Haciendo una reverencia.)*
Señora, es obligación
del más modesto modisto
conocer, por el lenguaje,
el gusto de sus clientas.
PIMIEN. *(A Doña Aurora.)*
Cuanto más corto es el traje
más largas pone las cuentas.
(La Peque se va.)
SEÑ. 1.ª *(A las otras dos, levantándose.)*
¿Vamos?
SEÑ. 2.ª Sí.
(Se levanta. Idem la Señora 3.ª)
La prueba, ¿cuándo?
PASC. *(Apuntando en un libro y confrontando fechas.)*
El doce, al anochecer.
SEÑ. 2.ª *(Escandalizada.)*
¿Antes no?
PASC. No puede ser.
Llevamos un mes velando
hasta el alba, en el taller.
(Con mucha solemnidad.)
La casa de "Madame Rosse"
ha adquirido una importancia
que hoy vienen, gracias a Dios,
encargos hasta de Francia.
SEÑ. 1.ª Habrá que tener paciencia.
SEÑ. 2.ª Pero el doce sí estarán.
PASC. Pondré especial diligencia.
(La Señora 2.ª se va sin decir palabra, ha-

ciendo, apenas, una ligerísima reverencia a Pascual, quien le contesta doblándose hasta las rodillas.)

A los pies de su excelencia.

SEÑ. 1.ª *(Yéndose.)*

Adiós.

SEÑ. 2.ª Salude a "madame".

(Pimienta se inclina también. Vanse las tres señoras. No han acabado de salir cuando doña Aurora, que se moría por hablar, dice, dando un gran suspiro de satisfacción.)

AURO. ¡Los apuros que he pasado
para contener la risa!
¡Pero, a lo que hemos llegado!
¡Si esa mujer va en camisa!
Y a vosotros no os creí
tan desenvueltos ni listos.
¡Qué cosas se ven aquí!
¡La Peque de maniquí
y vosotros de modistos!

PASC. Las vueltas que da la vida,
doña Aurora.

PIMIEN. Aquel taller
donde íbamos a coser
con una falda raída,
se trasladó a la Avenida
del Conde de Peñalver.

PASC. No sólo usted se ha de ver
con vecindad distinguida.

PIMIEN. Y aquí estamos
con más labor que queremos;
que cuanto más desdeñamos
más clientela tenemos.

AURO. ¡Es mucha Rosa, esta Rosa!

PIMIEN. Aunque desde que enfermó
la niña, todo cambió.
¡Esta casa es otra cosa!
(Pausa.)

AURO. ¿Y Miguel?

PIMIEN. Viene muy poco.
Se muestra con él muy dura.

AURO. Pues por ahí se asegura
que está cada vez más loco
por Rosa, y que hasta ha llegado
a proponerla la boda.
PIMIEN. Puede.
PASC. Si ella está de moda
y él, en cambio, está arruinado,
nada tiene de extrañar
que ahora se quiera casar.
Así alivia su conciencia
y su fortuna, a la vez.
AURO. ¡Antaño tanta altivez
y ahora tan poca decencia!
PIMIEN. Pero no tema. ¡Quizá
Rosa hubiera perdonado
lo que está bien olvidado!
¡Pasó tanto tiempo ya!
Mas la herida que en el duelo
causó a don Enrique, no.
¡Tiene el corazón de hielo
para eso! ¡No lo olvidó!
AURO. ¿Y ella...?
PIMIEN. Como si nada.
A su trabajo, a sus trajes
y a su hija. Un par de viajes
para cada temporada,
a saber lo que se estila
de momento,
y otra vez a su aislamiento.
PASC. No hace vida más tranquila
una monja en un convento.
PIMIEN. Quizá por esa razón
está más solicitada.
No hay mujer más codiciada
que la que no da ocasión.
Y cuanta más frialdad
para los hombres demuestra,
más codician su amistad.
PASC. ¡Es que es guapa de verdad
la maestra!
PIMIEN. Tú no eres voto, marido,

PASC. ¿Por qué no soy voto, esposa?
PIMIEN. El criado agradecido
siempre encuentra al ama hermosa.
(A doña Aurora.)
Voy a ver si ha concluído
su traje.
(Vase.)
AURO. *(A Pascual.)*
Se va furiosa.
PASC. En cuanto hablo complacido
de alguna, ya está celosa.
AURO. Pues tiene buen sufrimiento
viviendo tú entre mujeres.
PASC. No peco ni en pensamiento.
AURO. Ya sé lo formal que eres.
Y no harías bien, Pascual,
en engañar a Pimienta,
que, hasta ahora, no te sienta
el matrimonio muy mal.
PASC. ¡Como cosa celestial!
De cintura uso el noventa,
y aumento, según mi cuenta,
un decímetro anual.
AURO. ¿Y eres tú el que se moría?
PASC. De lo que muchos se mueren:
de ayunar, aunque no quieren.
¿Y su hija?
AURO. Peor cada día.
Como si la hubieran dado
algún veneno a beber,
desde que se me ha casado
no es mi hija una mujer:
Es una luz temblorosa
que se apaga lentamente.
PASC. Da, a veces, la misma cosa
resultado diferente.
Poco menos que expirando
al matrimonio fuí yo.
Sana su hija casó.
Y el tiempo luego, pasando,
a ella le fué quitando

la salud que a mí me dió.

'IMIEN. *(Saliendo de nuevo.)*
Pues tendrá usted que venir
mañana.

AURO. ¡Qué se ha de hacer!
Así, al paso, podré ver
a Rosa.

'IMIEN. Lo ha de sentir.
(Doña Aurora se ha puesto en pie y se dispone a marcharse.)

AURO. Voy al Rastro. Es mi recreo.
Miro, toco, regateo
y encuentro gangas. Ayer
compré un espejo dorado
de talla, que maravilla.
Aunque Enrique lo ha mandado
subir hoy a la buhardilla.

PASC. ¿No entiende?

AURO. ¡Qué ha de entender!
¡Conque, adiós!

PASC. ¡Adiós, señora!

PIMIEN. ¡Vaya con él, doña Aurora!
¡Y que se deje usted ver!
(Vase doña Aurora. Pimienta la acompaña hasta la puerta. Volviendo.)

PASC. No hay mujer más alejada
del mundo. ¡Vive en la luna!

PIMIEN. Así tiene la fortuna
de no enterarse de nada.

PASC. ¿Lo dices...?

PIMIEN. Por lo de ahora.

PASC. ¿Qué pasa?

PIMIEN. ¿Qué ha de pasar?
¡Que en vano quieren matar
la pasión que los devora!

PASC. ¿Crees?

PIMIEN. Desde que enfermó
la niña y volvió a venir
don Enrique, no sé yo
lo que es callar y sufrir,
o él y Rosa han vuelto a ser

dos mitades de un querer
que se temen y se callan.

PASC. Pues hacen mal, si batallan:
lo que ha de ser, ha de ser.

PIMIEN. Y será. Yo les oí
ayer. Ella sollozaba
y él, suplicando, la hablaba
de irse lejos de aquí.

PASC. ¿Con ella? No aceptará.
Ella es digna.

PIMIEN. Y él paciente.
¡Tanto va el jarro a la fuente!...

PASC. Sin refranes. ¿Dudas ya?

PIMIEN. No dudo. Segura estoy.
La sorprendí preparando
las maletas. Se van hoy.

PASC. ¿Los dos?

PIMIEN. Los dos.

PASC. Pero ¿cuándo
va a cansarse de viajar?
No puede estar quieta un día.

PIMIEN. Por distraerse y curar
su propia melancolía.

PASC. Si no se cura esta vez,
yendo con ella el doctor,
¡es incurable!

PIMIEN. ¡Ay, señor!
¡Lo que cuesta la honradez!
(Escuchando.)
Mas, calla. Sonó una puerta.
La suya. Es ella, que viene.
Obsérvala bien. Hoy tiene
la palidez de una muerta.
(Sale Rosa. En toda ella se advierte un gran disgusto por la vida. Viste sobriamente, pero con suprema distinción.)

ROSA. ¡Gracias a Dios que se fueron!
¡Me aburre tanto la gente!
(Pausa. Se sienta.)
¿Y doña Aurora qué ha dicho?

PIMIEN. Que volverá. Ella no cree

que usted pueda estar en casa
y a recibirla se niegue.

ROSA. Y piensa bien. Pago mal
su cariño. Es que hoy me tienen
los nervios fuera de mí.

PASC. Salga un poco.

ROSA. Luego. Vete,
Pascual. Vigila el taller
y procura que nos dejen
hablar a solas.

PASC. Comprendo.
¡Confidencias de mujeres!
(Vase.)

ROSA. Pimienta, me voy con él.
Tú sabes cuánto he luchado
y cuántas veces he estado,
presa en la duda cruel,
al borde del precipicio;
pero esta pasión voraz
es un constante suplicio,
y ya me siento incapaz
de seguir mi sacrificio.
Huyo con él. Esta idea
que hace tiempo acariciamos,
va a realizarse. Nos vamos
y que sea lo que sea
de los dos.
Amor manda. Obedecemos
y nuestras vidas ponemos
bajo el amparo de Dios.
El trazando nuestra suerte
dictará nuestra sentencia.
Hoy nuestro amor es más fuerte
que la voz de la conciencia.
El mundo podrá juzgar
como quiera y condenar.
Pero la vida es tan corta
que quiero vivir y amar.
¡El mundo nada me importa!

PIMIEN. Pero... ¿y Rosita?

ROSA. ¿Rosita?

Va conmigo. ¿Es que has pensado
que, puesto mi amor a un lado
y ella al otro, necesita
que intercedas de ese modo
por su suerte?
No, Pimienta. ¡No he cambiado!
¡Ella, por cima de todo!
¡Del amor y de la muerte!

PIMIEN. ¿Y el taller?

ROSA. En él quedáis
tú y Pascual a su cuidado.
Bien me tenéis demostrado
lo bien que lo regentáis.
Yo volveré.

PIMIEN. Pero ¿cuándo?

ROSA. Quizá más pronto que esperas.
Y mientras, como si fueras
yo misma, tomas el mando
de la casa. Me escribís
tan sólo si hay cosas graves
que consultarme. Ya sabes:
Hotel Montparnasse, París.
(Pimienta, enternecida, se ha echado a llorar.)
Pero ¿lloras?

PIMIEN. Deme un beso
por si no la vuelvo a ver.

ROSA. *(Besándola y acariciándola maternalmente.)*
¡Qué cosas dices, mujer!

PIMIEN. *(Enjugándose las lágrimas.)*
¡Soy muy sensible! Por eso
nunca bajo a la estación.
¡En cuanto piso el andén
y siento pitar un tren,
se me parte el corazón!
(Se ríe. Sale Asunción, sin ser vista.)

ASUN. Buenas tardes.

ROSA. *(Sorprendida.)*
¡Asunción!
¿Tú aquí?

ASUN. Ya ves.

PIMIEN. *(Comprendiendo que estorba.)*

Con perdón.

(Se va. Una pausa. Las dos mujeres se miran como si cada una quisiera leer el pensamiento de la otra. Asunción está transfigurada. En toda su actitud y en su rostro desencajado y cadavérico se lee el sello de una muerte inmediata. Habla con acento de profunda ironía y franca hostilidad.)

ASUN. ¿Te asusta verme?

ROSA. No es susto
lo que tengo. Es extrañeza.
Yo siempre te vi con gusto.

ASUN. Se agradece la fineza.
Pero yo no sé mentir:
ni tú a mí me puedes ver
ni yo te puedo tener
más que odio.

ROSA. ¡Es mucho decir!
Comprendo lo que te pasa
y tus razones tendrás
cuando has jurado jamás
volver a pisar mi casa.
Me hago cargo. Pero ¿yo?
¿Odiarte y aborrecerte?
¿Por qué? No puedo temerte
ni envidiarte. Te engañó
tu corazón esta vez.
¡Pensaste muy de ligero!
Yo te juro que aún te quiero
sin rencor. Y Dios es juez
de que si alguien ha tenido
sus motivos para odiar,
he sido yo, tú no has sido.

ASUN. ¡Sobre eso habría que hablar!

ROSA. Pero, en fin, ¿a qué has venido?

ASUN. Es difícil de explicar.

ROSA. Algo habrá que justifique
tu decisión de venir.

ASUN. *(Después de dudar un momento.)*
Pues sí: Te vengo a pedir
que no te lleves a Enrique.

ROSA. *(Queriendo disimular su turbación.)*
¿Yo?
ASUN. Sí, tú. Sé que os marcháis
para vivir vuestra vida;
esa pasión contenida
con que hace tiempo lucháis.
No os lo reprocho. El amor
enloquece de manera
que arrastra juicio y honor.
¡El es la mayor ceguera
y la locura mayor!
Dicha ofrece y da dolor.
Todo lo cambia y altera
el alma como el color
porque siendo engañador
engaña a quien no lo espera,
hiere a quien hirió primero
y traiciona al traidor.
No os lo reprocho. ¡El amor
me vengará, justiciero!
(Pausa.)
Pero sí os quiero pedir,
si no respeto, clemencia.
¡Un poquito de paciencia,
que no tardaré en morir!
Quiero tranquila acabar.
Ya ves que vengo a rogar
cuando pudiera exigir.
(Ha sido tan sincera y tan humilde la súplica, que Rosa se ha conmovido visiblemente.)
ROSA. ¡Qué doloroso es tu acento!
¡Qué distinto tu semblante,
desde que no he vuelto a verte!
ASUN. Acaba tu pensamiento:
¡llevo en la cara la muerte!
Un mes, un día, un instante,
pronto acabará el tormento,
y Enrique podrá tenerte
entre sus brazos de amante.
Pero esperad todavía.
Si yo llegara a saber

que él era de otra mujer,
la vida me quitaría,
y aunque yo terminaría,
de una vez de padecer,
como un castigo de Dios
mi fantasma ensangrentado,
alzándose entre los dos,
os habría separado
para siempre. Y yo no quiero
que sufráis lo que he sufrido.
Sed dichosos si yo muero.
Paciencia tan sólo os pido.

ROSA. ¡Paciencia! ¡Siempre paciencia!
¡Siempre esperar, esperar!
Te estoy oyendo quejar
y tiene que protestar
mi atormentada conciencia.
¿De qué te quejas, mujer?
¿De haber vivido dichosa?
¿De haber probado, gozosa,
la alegría y el placer?
¿De haber tenido y gozado
cuanto es posible tener?
¿De haber soñado y de haber
visto un día realizado
lo que soñabas ayer?
¿De qué te quejas, mujer,
si nada se te ha negado?
¿De haber estado al amor,
aunque celosa, rendida?
¿De haber ido en esta vida
por el camino mejor?
¿De haber pasado por ella
sin envidiar ni temer?
¿De qué te quejas, mujer?
¿De morir cuando tu estrella
empieza a palidecer?
¿Y eso te causa horror?
¿Pues qué más puedes pedir
que nacer para el amor
y con el amor morir?

El tiempo es mala medida
para la vida. No importa
que haya sido larga o corta
nuestra vida.
Lo que importa es que haya sido
infeliz o afortunada.
El tiempo no vale nada.
Vale lo que se ha vivido.
Y tu vida ha sido breve,
pero fecunda en amor.
¿Qué importa que Dios te lleve
tan pronto? Dí, ¿no es mejor
que una juventud perdida
donde el amor no hizo nido,
o que ver cómo se ha ido
extinguiendo, con la vida,
la ilusión que se ha tenido?
¡Vale lo que se ha vivido!
¡El tiempo es mala medida!
Pero ¿y yo? ¿Yo no he nacido,
como tú, para reír,
amar, gozar y sentir
la vida que tú has sentido?
¿No tengo derecho yo
a gozar por un momento
lo que cualquiera gozó,
aunque haya sido un instante?
¿No es bastante mi tormento?
No tengo derecho, no.
¡Por lo visto, no es bastante!
Nací carne de hospital
para ir de la Inclusa al hoyo,
arrastrando en el arroyo
mi flaqueza corporal. *(Transición.)*
¡Vete tranquila, mujer!
Por vez primera creí
que iba, al cabo, a poseer
lo que tanto apetecí:
un poco de gratitud,
paz de hogar en mi dolor
y una limosna de amor

al fin de mi juventud.
Pero de pronto has surgido
para suplicarme: "¡Espera!"
y pues todo un sueño era,
todo se ha desvanecido.

ASUN. Rosa...

ROSA No me compadezcas.
Las dos nos compadecemos
y las dos nos comprendemos.
Es tuyo. Aunque me aborrezcas,
me sacrifico por ti.
Y ten en cuenta, mujer,
que tu Enrique, a yo querer,
sería sólo de mí.

ASUN. *(Con amarga ironía.)*
¡Siempre fuiste generosa!
Aún las gracias he de darte.
Pues yo no puedo pagarte,
¡que Dios te lo pague, Rosa!

ROSA. Vé con él. Si hoy has vencido
fácilmente a tu rival,
no olvides que a cada cual
Dios le da su merecido.

ASUN. ¿Y a quién ni cuándo he podido
causar, a sabiendas, mal?

ROSA. Yo tampoco lo causé,
y más caro lo pagué
que quien muere en un penal.

ASUN. *(Yendo hacia la puerta.)*
No siempre en el mundo son
las cosas como debieran.

ROSA. ¡Qué distinto si lo fueran!

ASUN. Adiós.

ROSA. ¡Adiós, Asunción!
(Vase Asunción. Rosa sola.)
Parece mentira que
pueda un ángel ser verdugo.
¡Tampoco hoy le seguiré!
¡Esclava, sufre tu yugo!
(Ha oscurecido. Pausa. Rosa enciende. En seguida sale la Peque, Enriqueta, la Sole y

Maruja con traje de calle, todas con sombrero. Se supone que la tarea ha terminado, y se van.)

LA PEQ. *(Cruzando la escena.)*
Hasta mañana, maestra.

ROSA. Id con Dios.

E., S. y M. ¡Hasta mañana! *(Vanse. Pausa.)*

ROSA. *(Sola.)*
¡La vida es una tirana!
(Se oyen dentro unas carcajadas de mujer. Son la Peque y la Sole, que ríen.)
¡Reíd, que la vida es vuestra!
(Rosita, saliendo.)

ROSITA. ¡Mamita!

ROSA. *(Tendiéndola los brazos.)*
¡Ven a mis brazos!
¡Ven a mis brazos, hija mía!
¡Consuélame, que tengo pena!
(Rosita se refugia en brazos de su madre. Esta, sentada, pone a Rosita sobre sus rodillas, y, acariciándola tiernamente, dice.)
¡Capullito de rosa fina,
que eres lo único que me queda!
Con tu piar de golondrina,
alegra a tu madre la existencia.
¡Ampárame! ¡Con tus bracitos,
que son de ángel y al cielo llegan,
defiéndeme contra la vida,
capullito de rosa fina,
que eres lo único que me queda!
Defiéndeme de tentaciones,
siendo tú madrecita mía;
y con tus besos y tus canciones,
¡líbrame de este amor, hijita!
Líbrame de este amor fatal.
Yo voy a ciegas; tú me guías.
¡No me abandones, por piedad,
capullito de rosa fina!
Cuando me veas que me voy
por un camino lleno de espinas,
apártame, condúceme

al que pase entre ramas floridas.
Cuando me veas que desmayo
y estoy cercana a la caída,
ayúdame, levántame,
capullito de rosa fina.
Eres niña y ya me sostienes
con esta mano pequeñita;
serás mujer y me darás
tu mano casta, pura y limpia.
¡Cuando me muera, cerrarán
tus nobles manos mis pupilas!
¡Dame a besar tus manos blancas,
capullito de rosa fina!
Todo está en ti. Mi vida entera:
gozo, esperanza y alegría.
Todo está en ti. ¡Si te murieses,
contigo todo lo perdería!
Mírame bien y dame un beso,
que siento en mí, cuando me miras,
como una luz que penetrase
de tus entrañas a las mías.
¡Ampárame! ¡Con tus bracitos,
que son de ángel y al cielo llegan,
defiéndeme contra la vida,
capullito de rosa fina,
que eres lo único que me queda!
(Al ver a Enrique, que entra.)
¿Tú?

ENRI. Ya es la hora.

ROSA. *(Como volviendo a la realidad de pronto.)*
¡Ya es la hora!

ENRI. El coche aguarda.

ROSA. *(Llevándose a la niña de la mano.)*
Espera... ¡Espera!
(Vanse Rosa y Rosita. Pausa. Enrique pasea nervioso. En seguida vuelve a salir Rosa.)

ENRI. ¡Rosa! ¿Qué tienes? ¿Has llorado?
Estás blanca como la cera.
Si va a cumplirse nuestro afán,
¿por qué te afliges? ¿Por qué tiemblas?
Alza los ojos. ¡Déjame

que en el espejo de sus aguas lea!

ROSA. Aparta, Enrique. No te acerques.
Aún no soy tuya.

ENRI. Nada temas.
Si con el alma ya lo eres,
¿por qué me huyes? Sólo quedan
algunas horas de distancia
que nos separen. Cuando amanezca,
lejos de España y del pasado,
ya el alma también sin fronteras,
sin temores y sin prejuicios,
sin yugos, lazos ni cadenas,
tú me darás toda tu vida,
yo te daré mi vida entera.
¿Por qué me huyes si tan poco
para estar unidos nos queda?

ROSA. ¡Aún queda más de lo que crees!
¡Aún queda más de lo que piensas!

ENRI. No te comprendo.

ROSA. Que no voy.
¡Que me faltan, Enrique, las fuerzas!
Toda una vida acariciando
este momento, y cuando llega,
si el corazón me grita: "¡Vete!",
"¡Quédate!", dice la conciencia.

ENRI. ¿La tuya? ¿En qué puede acusarte?
¿Qué traicionas ni a quién dejas?
El mundo fué cruel contigo.
¡Pagado está si le desprecias!

ROSA. Pero aún es pronto. Hay que esperar.
Tener un poco de paciencia.

ENRI. ¿Más todavía? ¡No! ¡No puedo!
¡A mí sí que me faltan fuerzas!
(Con apasionado calor.)
Cuando estas noches, junto al lecho
de Rosita te sentía cerca;
cuando anhelante me mirabas,
leyendo en mis ojos, trémula;
cuando febril se estremecía,
y "¡Sálvala!", me rogabas, eran
para mí tus miradas, fuego;

para tus manos, hogueras,
y toda tú, que palpitabas
en la ansiedad como una yesca,
la llama ardiente del deseo
que me envolvía y que aún me quema.
¡No puedo más! ¡No puedo más!
¡A mí sí que me faltan fuerzas!

ROSA. *(Aparte, empezando a vacilar.)*
¡Y a mí también!

ENRI. Desde muchacho,
cuando tú eras mujer apenas,
te he estado viendo transformarte
y florecer como una rama tierna.
Ya eres mujer, y yo, que he visto
día tras día tu belleza
ir modelándose y haciéndose
cada minuto más perfecta,
como si fueras para mí,
sabiendo que no lo eras,
cuanto más lejos te tenía,
en mi corazón estabas más cerca.
(Cogiéndola y atrayéndola hacia sí.)
¡Más cerca, sí!

ROSA. *(Poco segura.)*
¡Piedad, Enrique!

ENRI. ¡Más cerca aún! Cual si estuvieran,
cuanto más imposible fueses,
mi alma y mi carne de ti llenas.
¡Te adoro, Rosa!

ROSA. *(Empezando a rendirse.)*
¡Por piedad!

ENRI. ¡Y tú también!

ROSA. ¡Espera! ¡Espera!

ENRI. ¿A qué esperar? Pasan los años;
pasa el amor, la muerte llega,
y, esperando, habremos perdido
la juventud y la existencia.
¡Te adoro, Rosa!

ROSA. *(Para sí, desfallecida.)*
¡Estoy perdida!

ENRI. *(Cogiéndola el rostro entre sus manos y mirándola a los ojos.)*
¡Mírame así! ¡Que yo te vea!
¡Te adoro, Rosa!

ROSA. *(Cayendo en sus brazos, rendida.)*
¡Yo también!
¡Ahora sí que me faltan fuerzas!
Soy tuya, tuya. Llévame
y suceda lo que suceda.

ENRI. ¡Mía! ¡Eres mía! Así. En mis brazos.
¡Este final bien valió la espera!
(Pausa. Largo beso. Cuando están con los labios unidos, aparece en la puerta del foro Asunción. Los ve, da un grito y huye.)

ASUN. ¡Ah!

ROSA. *(Desprendiéndose de Enrique.)*
¿No has oído?

ENRI. Nada.

ROSA. ¿Nada?
Como si alguien se sorprendiera.

ENRI. Figuraciones tuyas.

ROSA. Puede
que eso haya sido.
(Pausa. Rosa ha perdido el color.)

ENRI. ¿Otra vez tiemblas?
¡Pobre llama de cirio blanco,
que se estremece y aletea!
No temas nada. Estamos solos.

ROSA. *(Con extraña inquietud.)*
Siento algo extraño. Cual si hubiera
pasado un alma entre los dos.
¡Alguien que huye de la tierra!
(En este momento se oye, como si fuera en la calle, un grito angustioso, seguido de algunos rumores.)
¿Y ahora, oíste?

ENRI. *(Empezando a inquietarse también.)*
Ahora, sí.
Pero fué en la calle. No temas.

ROSA. Sí temo, sí. Lo temo todo.

ENRI. Estás febril. Pero ¿qué quimeras

atormentan tu pensamiento?

ROSA. *(Refugiándose en él.)*
No lo sé. Tenme cerca..., ¡muy cerca!
Ahora soy yo la que quería
huir pronto.

ENRI. Pues vamos.
(Vuelven a oirse los murmullos de la calle.)

ROSA. *(Escuchando.)* Espera.
Esos rumores de la calle
me estremecen y no me dejan
moverme. Vé a ver qué ha pasado.
No saldré mientras no lo sepa.

ENRI. ¡Pobre llama de cirio blanco!
(Vase Enrique. En seguida, y por la puerta contraria, sale Pimienta, asustada, gritando.)

PIMIEN. ¡Qué desgracia! ¡Maestra, maestra!

ROSA. ¿Una desgracia? ¿Qué ha pasado?

PIMIEN. Pues que su amiga Asunción...

ROSA. ¡Acaba! ¡Di!

PIMIEN. Por el balcón
cayó a la calle.

ROSA. ¡Y se ha matado!

PIMIEN. Creo que sí. Se la han llevado.
Yo no la he visto.

ROSA. ¡Maldición!
(Breve pausa. Rosa, muda de espanto.)

PIMIEN. ¡En qué hora se fué a asomar!
¿Bajo a saber...?

ROSA. ¡Pero volando!
(Pimienta se va por la misma puerta que Enrique. Rosa sola.)
¡Era el alma que oí pasar
cuando la estábamos traicionando!

ENRI. *(Apareciendo en la puerta, demudado también.)*
¿Sabes ya...?
(Signo de asentimiento en Rosa. Otra pausa.)

ROSA. ¡Los dos hemos sido!
¡La hemos matado entre los dos!
Puesto que no lo aprueba Dios,
nuestro cariño ha concluído.

(Enrique, agobiado, inclina la cabeza.)
Amor que con sangre empieza,
después de años de tortura,
es amor que trae segura
la desgracia o la tristeza.
¡Vete! ¡Todo se acabó
antes de que principiara!
¡La vida nos separó,
y la muerte nos separa!
(A las voces ha salido Rosita, que permanec asustada, junto a su madre Esta se vuelve eita, y con acento entrecortado de emoción, r pite.)
Capuillito de rosa fina,
que eres lo único que me queda...
Con tu piar de golondrina
alegra a tu madre la existencia...
(Cuadro. En la calle se oye un sexteto de ci gos que toca el "¿Dónde vas con mantón Manila?", etc. El telón baja lentamente, mie tras ella recita los versos.)

FIN

LEA USTED

EL TEATRO

MODERNO

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por Luque y E. Calonge
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. de Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente
14 *Vidas rectas* por Martínez Domingo
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Las cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Enderiz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.

Imp. Sáez Hermanos,
Norte, 21. — Madrid.